

CAPÍTULO III
LA ÉPOCA DE LAS REVOLUCIONES
BURGUESAS (1780-1848)

En este capítulo analizaremos el proceso que culminó con el triunfo de una sociedad burguesa y capitalista. Para evaluar la magnitud del cambio podemos considerar algunos de los términos que durante estos años fueron inventados o adquirieron su significado contemporáneo: "industria", "fábrica", "clase media", "proletariado", "capitalismo", "socialismo", "ferrocarril", "liberal", "conservador", "ingeniero", "nacionalismo", "estadística" y muchos otros más. Imaginar un mundo sin esos términos, y los conceptos y las realidades a las que hacen referencia, nos permiten medir la profundidad de las transformaciones.

1. La época de la "doble revolución"

Dentro de una sociedad predominantemente rural, con sociedades profundamente jerarquizadas, en una Europa donde aún la mayoría de las naciones estaba dominada por monarquías absolutas, las transformaciones comenzaron en dos países rivales, pero de los que ningún contemporáneo negaría su carácter dominante en el occidente europeo: Inglaterra y Francia. Constituyeron, como veremos, dos procesos diferentes, pero, por su carácter paralelo y por sentar las bases del mundo contemporáneo, fueron definidos por el historiador inglés Eric Hobsbawm como la "doble revolución".

Es cierto que la "doble revolución" ocurrió en regiones muy restringidas de Europa —en parte de Francia, en algunas zonas de Inglaterra—, sin embargo sus resultados alcanzaron dimensiones mundiales. La división, por ejemplo, entre países "avanzados" y países "atrasados" encontró allí sus antecedentes más inmediatos. Es cierto que estas revoluciones permitieron el ascenso de la sociedad burguesa, pero también dieron origen a otros grupos sociales que pondrían en tela de juicio los fundamentos de su dominación. En este sentido, es útil recordar que el ciclo se cierra en 1848, el año

de la última "revolución burguesa", y en el que Karl Marx publicaba el *Manifiesto Comunista*.

La Revolución Industrial en Inglaterra

¿Qué significa decir que "estalló" la Revolución Industrial? Significa que en algún momento, entre 1780 y 1790, en algunas regiones de Inglaterra -como el caso de Manchester- comenzó a registrarse un aceleramiento del crecimiento económico. El fenómeno que actualmente los economistas llaman el "despegue" (*take-off*) mostraba que la capacidad productiva superaba límites y obstáculos y parecía capaz de una ilimitada multiplicación de hombres, bienes y servicios. Pero no se trataba de una simple aceleración del crecimiento económico, sino que implicaba cambios cualitativos: las transformaciones se producían en y a través de una economía capitalista.

Ha habido varias definiciones de capitalismo. Algunos, como Werner Sombart (1928), lo consideraron como un "espíritu" que impregnaba la vida de una época. Ese espíritu era una síntesis del espíritu de empresa o de aventura con la actitud burguesa de cálculo y racionalidad. Para otros, como Pirenne (1914), el capitalismo consistía en la organización de la producción para un mercado distante. Dadas las dificultades temporales de estas conceptualizaciones, consideraremos el capitalismo como un sistema de producción pero también de relaciones sociales. En este sentido, la principal característica del capitalismo es el trabajo proletario, es decir, de quienes venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Para que esto ocurra debe haber un presupuesto: quienes venden su fuerza de trabajo no tienen otra forma de subsistencia porque han perdido -a diferencia de los artesanos o de los campesinos- la propiedad de los medios de producción. Por lo tanto, la principal característica del capitalismo es la separación entre los productores directos, la fuerza de trabajo, y la concentración de los medios de producción en manos de otra clase social, la burguesía.

Indudablemente el proceso de constitución del capitalismo tuvo varios hitos. En el siglo **XIV**, la crisis feudal; en el siglo **XVI**, el desarrollo del sistema domiciliario rural; en el siglo **XVII**, la crisis que desintegró las antiguas formas de producción y, en Inglaterra, las revoluciones que introdujeron reformas políticas. Pero fue en el siglo **XVIII** que la Revolución Industrial afirmó el desarrollo de las relaciones capitalistas, en la medida en que la aparición de la fábrica terminó por afirmar la separación entre trabajo y medios de producción.

Los orígenes de la Revolución Industrial

¿Por qué esta revolución "estalló" en Inglaterra a fines del siglo **XVIII**? O, planteado de otro modo, ¿cuáles fueron las condiciones específicamente inglesas que posibilitaron a los hombres de negocios "revolucionar" la producción?

En Inglaterra, a partir del desarrollo de una agricultura comercial -con las transformaciones en la organización del trabajo y en las formas de producción-, la economía agraria se encontraba profundamente transformada.

Los cercamientos, desde el siglo **XVI**, habían llevado a un puñado de terratenientes con mentalidad mercantil casi a monopolizar la tierra, cultivada por arrendatarios que empleaban mano de obra asalariada. En síntesis, a mediados del siglo **XVIII**, el área capitalista de la agricultura inglesa se encontraba extendida y en vías de una posterior ampliación. Es cierto que aún quedaban importantes residuos de la economía aldeana, pero eficaces políticas gubernamentales estaban dispuestas a barrerlos a través de las Leyes de Cercamientos (1760-1830). El proceso era acompañado por métodos de labranza más eficientes, abono sistemático de la tierra, perfeccionamientos técnicos e introducción de nuevos cultivos (como papa, maíz, centeno), que configuraban una "revolución agrícola" que permitía sobrepasar por primera vez el límite del problema del hambre. Los productos del campo, tanto los agrícolas como las manufacturas —a través del sistema doméstico—, dominaban los mercados.

De este modo, la agricultura se encontraba preparada para cumplir con sus funciones básicas en un proceso de industrialización. En primer lugar, en la medida en que la "revolución agrícola" implicaba un aumento de la productividad, permitía alimentar a más gente. Pero no sólo esto, sino que -más importante aún- permitía alimentar a gente que ya no trabajaba la tierra, a una creciente población no agraria. En este sentido, muchos historiadores consideran que los cambios de la agricultura fueron el motor fundamental para el nacimiento de la sociedad industrial. En segundo lugar, al modernizar la agricultura y al destruir las antiguas formas de producción campesinas -basadas en el trabajo familiar y comunal-, la "revolución agrícola" acabó con las posibilidades de subsistencia de muchos campesinos que debieron trabajar como arrendatarios -los que corrieron mejor suerte pudieron llegar a ser arrendatarios ricos-, o más frecuentemente como jornaleros. Y muchos también debieron emigrar a las ciuda-

• Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 34-53.

des en busca de mejor suerte: se creaba así un cupo de potenciales reclutas para el trabajo industrial.

Pero la destrucción de las antiguas formas de trabajo no sólo liberaba mano de obra, sino que al destruir las formas de autoabastecimiento que caracterizaban a la economía campesina, creaba consumidores, gente que recibía ingresos monetarios y que para satisfacer sus necesidades básicas debían dirigirse al mercado. Todo el mundo, por pobre que fuese, debía vestirse y alimentarse. De allí, la constitución de un mercado interno estable y extenso, que proporcionó una importante salida para los productos básicos. A partir de ese mercado interno, recibieron un importante estímulo las industrias textiles, de alimentos (molinos harineros y fábricas de cervezas), y la producción de carbón, principal combustible de gran número de hogares urbanos. Incluso la producción de hierro -aunque en muy menor medida- se reflejó en la demanda de enseres domésticos como cacerolas y estufas.

Pero también Inglaterra contaba con un mercado exterior. Las plantaciones de las Indias occidentales —salida también para la venta de esclavos— proporcionaban cantidad suficiente de algodón para proveer a la industria británica. Pero las colonias, formales e informales, ofrecían también un mercado en constante crecimiento, y aparentemente ilimitado, para los textiles ingleses. Y era además un mercado sostenido por la agresiva política exterior del gobierno británico que no sólo consolidaba un inmenso imperio colonial, donde se monopolizó el comercio de los textiles, sino que estaba dispuesto a destruir toda competencia. El caso de la India resulta ejemplar. Si bien las Indias orientales habían sido las grandes exportadoras de mercancías de algodón, comercio que había quedado en manos británicas a través de la Compañía de las Indias orientales, cuando los nuevos intereses comenzaron a prevalecer, la India fue sistemáticamente desindustrializada y se transformó a su vez en receptora de los textiles ingleses.

Y esto nos lleva al tercer factor que explica la peculiar posición de Inglaterra en el siglo XVIII: el gobierno. La "gloriosa revolución" de 1688, había instaurado una monarquía limitada por el Parlamento integrado por la Cámara de los Lores -representativa de las antiguas aristocracias-, pero también por la Cámara de los Comunes, donde participaban hombres de negocios, dispuestos a desarrollar políticas sistemáticas de conquista de mercados y de protección a comerciantes y armadores británicos. A diferencia de otros países, como Francia, Inglaterra estaba dispuesta a subordinar su política a los fines económicos.

El desarrollo de la Revolución Industrial

La etapa del algodón

Los papeles jugados por el mercado interno y por el mercado exterior en el desarrollo de la Revolución Industrial británica fue tema de debate entre los historiadores. Según Eric J. Hobsbawm, el mercado exterior fue la "chispa" que encendió la Revolución Industrial, ya que mientras la demanda interior se extendía, la exterior se multiplicaba. Además considera que la primera manufactura que se industrializó -el algodón- estaba vinculada esencialmente al comercio ultramarino. Esto no implica para Hobsbawm negar la importancia del mercado interno -lo considera como la base para la generalización de una economía industrializada-, pero lo coloca en una posición subordinada al mercado exterior. Para Hobsbawm, el mercado interior desempeñó el papel de "amortiguador" para las industrias de exportación frente a las fluctuaciones del mercado.

Otros historiadores, como el italiano Giorgio Mori, ponen, en cambio, el acento en el mercado interno. Consideran que el papel del comercio exterior fue esporádico e irregular, mientras que el impulso para la industrialización provino fundamentalmente de la demanda interna. Para Mori, el impulso provino de la existencia de una masa de consumidores -incluso "pobres"— en constante expansión por los precios bajos de los nuevos productos, sobre todo, textiles.²

Sin embargo, no hay dudas de que la constante ampliación de la demanda -interna, externa o ambas- de textiles ingleses fue el impulso que llevó los empresarios a mecanizar la producción: para responder a esa creciente demanda era necesario introducir una tecnología que permitiera ampliar esa producción. De este modo, la primera industria "en revolución" fue la industria de los textiles de algodón.³

La introducción de nuevas técnicas se desarrolló paso a paso. Para aumentar la producción, en primer lugar, fue necesario superar el desequilibrio entre el hilado y el tejido. El torno de hilar, lento y poco productivo, no era suficiente para abastecer a los telares manuales que no sólo se multiplicaban sino que se aceleraban por la introducción de la "lanzadera volante". De allí la necesidad de introducir innovaciones tecnológicas que aceleraron el proceso del hilado y que, desde 1780, exigieron la producción en fábricas. De este modo, las primeras fábricas de la Revolución Industrial

² Véase Mori, Giorgio (1983), pp. 20-43.

³ Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 55-74.

fueron establecimientos donde se cardaba el algodón para hilarlo y, fundamentalmente, hilanderías.

En un primer momento, el aumento del hilado multiplicó el número de telares y tejedores manuales, tanto de los que trabajaban de acuerdo con el antiguo sistema domiciliario como de los que comenzaban a ser concentrados en grandes talleres. Es cierto que los bajos salarios y la abundancia de trabajadores conspiraron en contra de la tecnificación de los telares; sin embargo, la abundancia de hilado y la apertura de mercados en el continente europeo —después de las guerras napoleónicas, en 1815- llevaron también a la introducción del telar mecánico.

En rigor, la Revolución Industrial requirió pocos refinamientos intelectuales. Sus inventos técnicos fueron sumamente modestos, ninguno de ellos —como la lanzadera volante, la máquina para hilar o el huso mecánico— estaban fuera del alcance de artesanos experimentados o de la capacidad constructiva de los carpinteros. La máquina más científica que se produjo, la giratoria de vapor (James Watt, 1784), no estaba más allá de los conocimientos físicos difundidos en la época —incluso, la teoría de la máquina de vapor fue desarrollada posteriormente por el francés Carnot, en 1820— y su aplicación requirió de una práctica que postergó su empleo, con excepción del caso de la minería.

En síntesis, las máquinas de hilar, los husos y, posteriormente, los telares mecánicos eran innovaciones tecnológicas sencillas y, fundamentalmente, baratas. Estaban al alcance de pequeños empresarios —los hombres del siglo XVIII, que habían acumulado las grandes fortunas de origen mercantil o agropecuario, no parecían demasiado dispuestos a invertir en la nueva forma de producción— y rápidamente compensaban los bajos gastos de inversión. Además, la expansión de la actividad industrial se financiaba fácilmente por los fantásticos beneficios que producía a partir del crecimiento de los mercados. De este modo, la industria algodonera por su tipo de mecanización y el uso masivo de mano de obra barata permitió una rápida transferencia de ingresos del trabajo al capital y contribuyó —más que ninguna otra industria— al proceso de acumulación. El nuevo sistema, que los contemporáneos veían ejemplificado sobre todo en la región de Lancashire donde se habían dado estas nuevas formas productivas, revolucionaba la industria.

La etapa del ferrocarril

A pesar de su éxito, una industrialización limitada y basada en un sector de la industria textil no podía ser estable ni duradera. Las primeras dificulta-

des se constataron a mediados de la década de 1830, cuando la industria textil atravesó su primera crisis. Con la tecnificación la producción se había multiplicado, pero los mercados no crecían con la rapidez necesaria; de este modo, los precios cayeron al mismo tiempo que los costos de producción no se reducían en la misma proporción. Y una prueba de la crisis fue la marea de descontento social que durante estos años se extendió sobre Gran Bretaña.

Pero había algo más. Indudablemente, la industria textil estimuló el desarrollo tecnológico. Pero también es cierto que ninguna economía industrial puede desarrollarse más allá de cierto punto hasta poseer una adecuada capacidad de bienes de producción. Y en este sentido, la industrialización basada en el algodón ofrecía límites: la industria textil no demandaba —o demandaba en mínimas proporciones— carbón, hierro o acero. En síntesis, carecía de capacidad directa para estimular el desarrollo de las industrias pesadas de base.

La demanda de hierro para la producción de armamentos había conocido un importante incremento durante el período de las guerras napoleónicas, pero después de 1815 la disminución de lo requerido también había sido notable. En síntesis, las demandas militares tampoco eran la vía para transformar a Gran Bretaña en un país descollante en la producción de hierro. Sin embargo, el estímulo provino de los mismos cambios que se estaban viviendo: el crecimiento de las ciudades generaba un constante aumento de la demanda de carbón, principal combustible doméstico.

El crecimiento urbano había extendido la explotación de las minas de carbón que, ya desde mediados del siglo XVIII, empleaba las más antiguas máquinas de vapor para sondeos y extracciones. Y la producción fue lo suficientemente amplia como para estimular el invento que transformó radicalmente la industria: el ferrocarril. En efecto, las minas no sólo necesitaban máquinas de vapor de gran potencia para la explotación, sino también un eficiente medio de transporte para trasladar el carbón desde la galería a la bocamina y fundamentalmente desde ésta hasta el punto de embarque. De acuerdo con esto, la primera línea de ferrocarril "moderna" unió la zona minera de Durham con la costa (1825). De este modo, el ferrocarril fue un resultado directo de las necesidades de la minería, especialmente en el norte de Inglaterra.

La construcción de ferrocarriles, de vagones, vagonetas y locomotoras, y el extendido de vías férreas, desde 1830 hasta 1850, generaron una demanda que triplicaron la producción de hierro y carbón, permitiendo ingresar en una fase de industrialización más avanzada. Hacia 1850, en Gran Bretaña, la red ferroviaria básica ya estaba instalada: alcanzaba lejanos pun-

tos rurales y los centros de las principales ciudades, en un complejo gigantesco a escala nacional. Además, su organización y sus métodos de trabajo mostraban una escala no igualada por ninguna otra industria y su recurso a las nuevas tecnologías carecía de precedentes. De este modo, ya en la década de 1840, el ferrocarril se había transformado en sinónimo de lo ultramoderno.

También la construcción de ferrocarriles presentaba un problema: su alto costo. Pero este problema se transformó en su principal ventaja. ¿Por qué? Las primeras generaciones de industriales habían acumulado riqueza en tal cantidad que excedía la posibilidad de invertirla o de gastarla. Hombres ahorrativos más que derrochadores -volveremos sobre esto- veían cómo sus fortunas se acrecentaban día a día sin posibilidades de reinvertir: suponiendo que el volumen de la industria algodonera se multiplicase, el capital necesario absorbería sólo una fracción del superávit. Y estos hombres encontraron en el ferrocarril una nueva forma de inversión. De este modo, las construcciones ferroviarias movilizaron acumulaciones de capital con fines industriales, generaron nuevas fuentes de empleo y se transformaron en el estímulo para la industria de productos de base. En síntesis, el ferrocarril fue la solución para la crisis de la primera fase de la industria capitalista.

Las transformaciones de la sociedad

La expresión Revolución Industrial fue empleada por primera vez por escritores franceses en la década de 1820. Y fue acuñada en explícita analogía con la Revolución Francesa de 1789. Se consideraba que si ésta había transformado a Francia, la Revolución Industrial había transformado a Inglaterra. Los cambios podían ser diferentes pero eran comparables en un aspecto: habían producido una nueva sociedad.

Y esto es importante de señalar, porque significa que desde sus comienzos la expresión Revolución Industrial, implicó la idea de profundas transformaciones sociales.

La sociedad se volvía irreconocible para sus mismos contemporáneos. Desde Lord Byron hasta Robert Owen, desde distintas perspectivas, dejaron testimonios disímiles pero que coincidían en describir a esa sociedad en términos pesimistas: el trabajo infantil, el humo de las fábricas, el deterioro de las condiciones de vida, las largas jornadas laborales, el hacinamiento en las ciudades, las epidemias, la desmoralización, el descontento generalizado. Sin embargo, también es cierto que no para todos los resultados de la Revolución Industrial resultaron sombríos.

¿Qué tipo de sociedad se configuró a partir de la Revolución Industrial? Las antiguas aristocracias no sufrieron cambios demasiado notables. Por el contrario, con las transformaciones económicas pudieron engrasar sus rentas. La modernización de la agricultura dejaba pingües beneficios, y a éstos se agregaron los que proporcionaban los ferrocarriles que atravesaban sus posesiones. Eran propietarios del suelo y también del subsuelo, por lo tanto la expansión de la minería y la explotación del carbón concurría en su beneficio. Como señala Hobsbawm, los nobles ingleses no tuvieron que dejar de ser feudales porque hacía ya mucho tiempo que habían dejado de serlo y no tuvieron grandes problemas de adaptación frente a los nuevos métodos comerciales ni frente a la economía que se abría en la "época del vapor".⁴

También para las antiguas burguesías mercantiles -sobre todo las vinculadas al comercio colonial- y financieras, los cambios implicaron sólidos beneficios. Ya se encontraban sólidamente instaladas en la poderosa y extensa red mercantil, que desde el siglo XVIII había sido una de las bases de la prosperidad inglesa, y las transformaciones económicas les posibilitaron ampliar su radio de acción. Muchos de ellos se habían beneficiado por un proceso de asimilación: eran considerados "caballeros" (*gentlemen*), con su correspondiente casa de campo, con una esposa tratada como "dama" (*lady*), y con hijos que estudiaban en Oxford o Cambridge dispuestos a emprender carreras en la política. A estas antiguas burguesías, el éxito podía incluso permitirles ingresar en las filas de la nobleza.

La posibilidad de asimilación en las clases más altas también se dio para los primeros industriales textiles del siglo XVIII: para algunos millonarios del algodón, el ascenso social corría paralelo al económico. Es el caso, por ejemplo, de sir Robert Peel (1750-1839), que iniciado como uno de los primeros industriales textiles, llegó a ser miembro del Parlamento. A su muerte no sólo dejaba una cuantiosa fortuna, sino también un hijo a punto de ser designado Primer Ministro (aunque también es cierto que ese Primer Ministro, en algunos medios cerradamente aristocráticos, muchas veces no lograba hacer olvidar que era hijo de un fabricante ennoblecido de Lancashire que empleaba a 15.000 obreros).

En síntesis, con límites, algunos pudieron ser asimilados. Sin embargo, el proceso de industrialización generaba a muchos "hombres de negocios", que aunque habían acumulado fortuna, eran demasiados para ser absorbidos por las clases más altas. Muchos habían salido de modestos orí-

⁴ Véase Hobsbawm, EricJ. (1982), pp. 77-93.

de la última "revolución burguesa", y en el que Karl Marx publicaba el *Manifiesto Comunista*.

La Revolución Industrial en Inglaterra

¿Qué significa decir que "estalló" la Revolución Industrial? Significa que en algún momento, entre 1780 y 1790, en algunas regiones de Inglaterra -como el caso de Manchester— comenzó a registrarse un aceleramiento del crecimiento económico. El fenómeno que actualmente los economistas llaman el "despegue" (*take-off*) mostraba que la capacidad productiva superaba límites y obstáculos y parecía capaz de una ilimitada multiplicación de hombres, bienes y servicios. Pero no se trataba de una simple aceleración del crecimiento económico, sino que implicaba cambios cualitativos: las transformaciones se producían en y a través de una economía capitalista.

Ha habido varias definiciones de capitalismo. Algunos, como Werner Sombart (1928), lo consideraron como un "espíritu" que impregnaba la vida de una época. Ese espíritu era una síntesis del espíritu de empresa o de aventura con la actitud burguesa de cálculo y racionalidad. Para otros, como Pirenne (1914), el capitalismo consistía en la organización de la producción para un mercado distante. Dadas las dificultades temporales de estas conceptualizaciones, consideraremos el capitalismo como un sistema de producción pero también de relaciones sociales. En este sentido, la principal característica del capitalismo es el trabajo proletario, es decir, de quienes venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Para que esto ocurra debe haber un presupuesto: quienes venden su fuerza de trabajo no tienen otra forma de subsistencia porque han perdido —a diferencia de los artesanos o de los campesinos— la propiedad de los medios de producción. Por lo tanto, la principal característica del capitalismo es la separación entre los productores directos, la fuerza de trabajo, y la concentración de los medios de producción en manos de otra clase social, la burguesía.

Indudablemente el proceso de constitución del capitalismo tuvo varios hitos. En el siglo XIV, la crisis feudal; en el siglo XVI, el desarrollo del sistema domiciliario rural; en el siglo XVII, la crisis que desintegró las antiguas formas de producción y, en Inglaterra, las revoluciones que introdujeron reformas políticas. Pero fue en el siglo XVIII que la Revolución Industrial afirmó el desarrollo de las relaciones capitalistas, en la medida en que la aparición de la fábrica terminó por afirmar la separación entre trabajo y medios de producción.

Los orígenes de la Revolución Industrial

¿Por qué esta revolución "estalló" en Inglaterra a fines del siglo XVIII? O, planteado de otro modo, ¿cuáles fueron las condiciones específicamente inglesas que posibilitaron a los hombres de negocios "revolucionar" la producción?'

En Inglaterra, a partir del desarrollo de una agricultura comercial -con las transformaciones en la organización del trabajo y en las formas de producción-, la economía agraria se encontraba profundamente transformada.

Los cercamientos, desde el siglo XVI, habían llevado a un puñado de terratenientes con mentalidad mercantil casi a monopolizar la tierra, cultivada por arrendatarios que empleaban mano de obra asalariada. En síntesis, a mediados del siglo XVIII, el área capitalista de la agricultura inglesa se encontraba extendida y en vías de una posterior ampliación. Es cierto que aún quedaban importantes residuos de la economía aldeana, pero eficaces políticas gubernamentales estaban dispuestas a barrerlos a través de las Leyes de Cercamientos (1760-1830). El proceso era acompañado por métodos de labranza más eficientes, abono sistemático de la tierra, perfeccionamientos técnicos e introducción de nuevos cultivos (como papa, maíz, centeno), que configuraban una "revolución agrícola" que permitía sobrepasar por primera vez el límite del problema del hambre. Los productos del campo, tanto los agrícolas como las manufacturas -a través del sistema doméstico-, dominaban los mercados.

De este modo, la agricultura se encontraba preparada para cumplir con sus funciones básicas en un proceso de industrialización. En primer lugar, en la medida en que la "revolución agrícola" implicaba un aumento de la productividad, permitía alimentar a más gente. Pero no sólo esto, sino que -más importante aún- permitía alimentar a gente que ya no trabajaba la tierra, a una creciente población no agraria. En este sentido, muchos historiadores consideran que los cambios de la agricultura fueron el motor fundamental para el nacimiento de la sociedad industrial. En segundo lugar, al modernizar la agricultura y al destruir las antiguas formas de producción campesinas -basadas en el trabajo familiar y comunal-, la "revolución agrícola" acabó con las posibilidades de subsistencia de muchos campesinos que debieron trabajar como arrendatarios -los que corrieron mejor suerte pudieron llegar a ser arrendatarios ricos-, o más frecuentemente como jornaleros. Y muchos también debieron emigrar a las ciuda-

' Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 34-53.

des en busca de mejor suerte: se creaba así un cupo de potenciales reclutas para el trabajo industrial.

Pero la destrucción de las antiguas formas de trabajo no sólo liberaba mano de obra, sino que al destruir las formas de autoabastecimiento que caracterizaban a la economía campesina, creaba consumidores, gente que recibía ingresos monetarios y que para satisfacer sus necesidades básicas debían dirigirse al mercado. Todo el mundo, por pobre que fuese, debía vestirse y alimentarse. De allí, la constitución de un mercado interno estable y extenso, que proporcionó una importante salida para los productos básicos. A partir de ese mercado interno, recibieron un importante estímulo las industrias textiles, de alimentos (molinos harineros y fábricas de cervezas), y la producción de carbón, principal combustible de gran número de hogares urbanos. Incluso la producción de hierro -aunque en muy menor medida- se reflejó en la demanda de enseres domésticos como cacerolas y estufas.

Pero también Inglaterra contaba con un mercado exterior. Las plantaciones de las Indias occidentales -salida también para la venta de esclavos- proporcionaban cantidad suficiente de algodón para proveer a la industria británica. Pero las colonias, formales e informales, ofrecían también un mercado en constante crecimiento, y aparentemente ilimitado, para los textiles ingleses. Y era además un mercado sostenido por la agresiva política exterior del gobierno británico que no sólo consolidaba un inmenso imperio colonial, donde se monopolizó el comercio de los textiles, sino que estaba dispuesto a destruir toda competencia. El caso de la India resulta ejemplar. Si bien las Indias orientales habían sido las grandes exportadoras de mercancías de algodón, comercio que había quedado en manos británicas a través de la Compañía de las Indias orientales, cuando los nuevos intereses comenzaron a prevalecer, la India fue sistemáticamente desindustrializada y se transformó a su vez en receptora de los textiles ingleses.

Y esto nos lleva al tercer factor que explica la peculiar posición de Inglaterra en el siglo XVIII: el gobierno. La "gloriosa revolución" de 1688, había instaurado una monarquía limitada por el Parlamento integrado por la Cámara de los Lores -representativa de las antiguas aristocracias-, pero también por la Cámara de los Comunes, donde participaban hombres de negocios, dispuestos a desarrollar políticas sistemáticas de conquista de mercados y de protección a comerciantes y armadores británicos. A diferencia de otros países, como Francia, Inglaterra estaba dispuesta a subordinar su política a los fines económicos.

El desarrollo de la Revolución Industrial
La etapa del algodón

Los papeles jugados por el mercado interno y por el mercado exterior en el desarrollo de la Revolución Industrial británica fue tema de debate entre los historiadores. Según Eric J. Hobsbawm, el mercado exterior fue la "chispa" que encendió la Revolución Industrial, ya que mientras la demanda interior se extendía, la exterior se multiplicaba. Además considera que la primera manufactura que se industrializó —el algodón- estaba vinculada esencialmente al comercio ultramarino. Esto no implica para Hobsbawm negar la importancia del mercado interno -lo considera como la base para la generalización de una economía industrializada-, pero lo coloca en una posición subordinada al mercado exterior. Para Hobsbawm, el mercado interior desempeñó el papel de "amortiguador" para las industrias de exportación frente a las fluctuaciones del mercado.

Otros historiadores, como el italiano Giorgio Mori, ponen, en cambio, el acento en el mercado interno. Consideran que el papel del comercio exterior fue esporádico e irregular, mientras que el impulso para la industrialización provino fundamentalmente de la demanda interna. Para Mori, el impulso provino de la existencia de una masa de consumidores —incluso "pobres"— en constante expansión por los precios bajos de los nuevos productos, sobre todo, textiles.²

Sin embargo, no hay dudas de que la constante ampliación de la demanda —interna, externa o ambas— de textiles ingleses fue el impulso que llevó los empresarios a mecanizar la producción: para responder a esa creciente demanda era necesario introducir una tecnología que permitiera ampliar esa producción. De este modo, la primera industria "en revolución" fue la industria de los textiles de algodón.³

La introducción de nuevas técnicas se desarrolló paso a paso. Para aumentar la producción, en primer lugar, fue necesario superar el desequilibrio entre el hilado y el tejido. El torno de hilar, lento y poco productivo, no era suficiente para abastecer a los telares manuales que no sólo se multiplicaban sino que se aceleraban por la introducción de la "lanzadera volante". De allí la necesidad de introducir innovaciones tecnológicas que aceleraron el proceso del hilado y que, desde 1780, exigieron la producción en fábricas. De este modo, las primeras fábricas de la Revolución Industrial

² Véase Mori, Giorgio (1983), pp. 20-43.

³ Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 55-74.

fueron establecimientos donde se cardaba el algodón para hilarlo y, fundamentalmente, hilanderías.

En un primer momento, el aumento del hilado multiplicó el número de telares y tejedores manuales, tanto de los que trabajaban de acuerdo con el antiguo sistema domiciliario como de los que comenzaban a ser concentrados en grandes talleres. Es cierto que los bajos salarios y la abundancia de trabajadores conspiraron en contra de la tecnificación de los telares; sin embargo, la abundancia de hilado y la apertura de mercados en el continente europeo —después de las guerras napoleónicas, en 1815— llevaron también a la introducción del telar mecánico.

En rigor, la Revolución Industrial requirió pocos refinamientos intelectuales. Sus inventos técnicos fueron sumamente modestos, ninguno de ellos —como la lanzadera volante, la máquina para hilar o el huso mecánico— estaban fuera del alcance de artesanos experimentados o de la capacidad constructiva de los carpinteros. La máquina más científica que se produjo, la giratoria de vapor (James Watt, 1784), no estaba más allá de los conocimientos físicos difundidos en la época —incluso, la teoría de la máquina de vapor fue desarrollada posteriormente por el francés Carnot, en 1820— y su aplicación requirió de una práctica que postergó su empleo, con excepción del caso de la minería.

En síntesis, las máquinas de hilar, los husos y, posteriormente, los telares mecánicos eran innovaciones tecnológicas sencillas y, fundamentalmente, baratas. Estaban al alcance de pequeños empresarios —los hombres del siglo XVIII, que habían acumulado las grandes fortunas de origen mercantil o agropecuario, no parecían demasiado dispuestos a invertir en la nueva forma de producción— y rápidamente compensaban los bajos gastos de inversión. Además, la expansión de la actividad industrial se financiaba fácilmente por los fantásticos beneficios que producía a partir del crecimiento de los mercados. De este modo, la industria algodonera por su tipo de mecanización y el uso masivo de mano de obra barata permitió una rápida transferencia de ingresos del trabajo al capital y contribuyó —más que ninguna otra industria— al proceso de acumulación. El nuevo sistema, que los contemporáneos veían ejemplificado sobre todo en la región de Lancashire donde se habían dado estas nuevas formas productivas, revolucionaba la industria.

La etapa del ferrocarril

A pesar de su éxito, una industrialización limitada y basada en un sector de la industria textil no podía ser estable ni duradera. Las primeras dificulta-

des se constataron a mediados de la década de 1830, cuando la industria textil atravesó su primera crisis. Con la tecnificación la producción se había multiplicado, pero los mercados no crecían con la rapidez necesaria; de este modo, los precios cayeron al mismo tiempo que los costos de producción no se reducían en la misma proporción. Y una prueba de la crisis fue la marea de descontento social que durante estos años se extendió sobre Gran Bretaña.

Pero había algo más. Indudablemente, la industria textil estimuló el desarrollo tecnológico. Pero también es cierto que ninguna economía industrial puede desarrollarse más allá de cierto punto hasta poseer una adecuada capacidad de bienes de producción. Y en este sentido, la industrialización basada en el algodón ofrecía límites: la industria textil no demandaba —o demandaba en mínimas proporciones— carbón, hierro o acero. En síntesis, carecía de capacidad directa para estimular el desarrollo de las industrias pesadas de base.

La demanda de hierro para la producción de armamentos había conocido un importante incremento durante el período de las guerras napoleónicas, pero después de 1815 la disminución de lo requerido también había sido notable. En síntesis, las demandas militares tampoco eran la vía para transformar a Gran Bretaña en un país descollante en la producción de hierro. Sin embargo, el estímulo provino de los mismos cambios que se estaban viviendo: el crecimiento de las ciudades generaba un constante aumento de la demanda de carbón, principal combustible doméstico.

El crecimiento urbano había extendido la explotación de las minas de carbón que, ya desde mediados del siglo XVIII, empleaba las más antiguas máquinas de vapor para sondeos y extracciones. Y la producción fue lo suficientemente amplia como para estimular el invento que transformó radicalmente la industria: el ferrocarril. En efecto, las minas no sólo necesitaban máquinas de vapor de gran potencia para la explotación, sino también un eficiente medio de transporte para trasladar el carbón desde la galería a la bocamina y fundamentalmente desde ésta hasta el punto de embarque. De acuerdo con esto, la primera línea de ferrocarril "moderna" unió la zona minera de Durham con la costa (1825). De este modo, el ferrocarril fue un resultado directo de las necesidades de la minería, especialmente en el norte de Inglaterra.

La construcción de ferrocarriles, de vagones, vagonetas y locomotoras, y el extendido de vías férreas, desde 1830 hasta 1850, generaron una demanda que triplicaron la producción de hierro y carbón, permitiendo ingresar en una fase de industrialización más avanzada. Hacia 1850, en Gran Bretaña, la red ferroviaria básica ya estaba instalada: alcanzaba lejanos pun-

tos rurales y los centros de las principales ciudades, en un complejo gigantesco a escala nacional. Además, su organización y sus métodos de trabajo mostraban una escala no igualada por ninguna otra industria y su recurso a las nuevas tecnologías carecía de precedentes. De este modo, ya en la década de 1840, el ferrocarril se había transformado en sinónimo de lo ultramoderno.

También la construcción de ferrocarriles presentaba un problema: su alto costo. Pero este problema se transformó en su principal ventaja. ¿Por qué? Las primeras generaciones de industriales habían acumulado riqueza en tal cantidad que excedía la posibilidad de invertirla o de gastarla. Hombres ahorrativos más que derrochadores -volveremos sobre esto- veían cómo sus fortunas se acrecentaban día a día sin posibilidades de reinvertir: suponiendo que el volumen de la industria algodonera se multiplicase, el capital necesario absorbería sólo una fracción del superávit. Y estos hombres encontraron en el ferrocarril una nueva forma de inversión. De este modo, las construcciones ferroviarias movilizaron acumulaciones de capital con fines industriales, generaron nuevas fuentes de empleo y se transformaron en el estímulo para la industria de productos de base. En síntesis, el ferrocarril fue la solución para la crisis de la primera fase de la industria capitalista.

Las transformaciones de la sociedad

La expresión Revolución Industrial fue empleada por primera vez por escritores franceses en la década de 1820. Y fue acuñada en explícita analogía con la Revolución Francesa de 1789. Se consideraba que si ésta había transformado a Francia, la Revolución Industrial había transformado a Inglaterra. Los cambios podían ser diferentes pero eran comparables en un aspecto: habían producido una nueva sociedad.

Y esto es importante de señalar, porque significa que desde sus comienzos la expresión Revolución Industrial, implicó la idea de profundas transformaciones sociales.

La sociedad se volvía irreconocible para sus mismos contemporáneos. Desde Lord Byron hasta Robert Owen, desde distintas perspectivas, dejaron testimonios disímiles pero que coincidían en describir a esa sociedad en términos pesimistas: el trabajo infantil, el humo de las fábricas, el deterioro de las condiciones de vida, las largas jornadas laborales, el hacinamiento en las ciudades, las epidemias, la desmoralización, el descontento generalizado. Sin embargo, también es cierto que no para todos los resultados de la Revolución Industrial resultaron sombríos.

¿Qué tipo de sociedad se configuró a partir de la Revolución Industrial? Las antiguas aristocracias no sufrieron cambios demasiado notables. Por el contrario, con las transformaciones económicas pudieron engrasar sus rentas. La modernización de la agricultura dejaba pingües beneficios, y a éstos se agregaron los que proporcionaban los ferrocarriles que atravesaban sus posesiones. Eran propietarios del suelo y también del subsuelo, por lo tanto la expansión de la minería y la explotación del carbón concurría en su beneficio. Como señala Hobsbawm, los nobles ingleses no tuvieron que dejar de ser feudales porque hacía ya mucho tiempo que habían dejado de serlo y no tuvieron grandes problemas de adaptación frente a los nuevos métodos comerciales ni frente a la economía que se abría en la "época del vapor".⁴

También para las antiguas burguesías mercantiles -sobre todo las vinculadas al comercio colonial- y financieras, los cambios implicaron sólidos beneficios. Ya se encontraban sólidamente instaladas en la poderosa y extensa red mercantil, que desde el siglo XVIII había sido una de las bases de la prosperidad inglesa, y las transformaciones económicas les permitieron ampliar su radio de acción. Muchos de ellos se habían beneficiado por un proceso de asimilación: eran considerados "caballeros" (*gentlemen*), con su correspondiente casa de campo, con una esposa tratada como "dama" (*lady*), y con hijos que estudiaban en Oxford o Cambridge dispuestos a emprender carreras en la política. A estas antiguas burguesías, el éxito podía incluso permitirles ingresar en las filas de la nobleza.

La posibilidad de asimilación en las clases más altas también se dio para los primeros industriales textiles del siglo XVIII: para algunos millonarios del algodón, el ascenso social corría paralelo al económico. Es el caso, por ejemplo, de sir Robert Peel (1750-1839), que iniciado como uno de los primeros industriales textiles, llegó a ser miembro del Parlamento. A su muerte no sólo dejaba una cuantiosa fortuna, sino también un hijo a punto de ser designado Primer Ministro (aunque también es cierto que ese Primer Ministro, en algunos medios cerradamente aristocráticos, muchas veces no lograba hacer olvidar que era hijo de un fabricante ennoblecido de Lancashire que empleaba a 15-000 obreros).

En síntesis, con límites, algunos pudieron ser asimilados. Sin embargo, el proceso de industrialización generaba a muchos "hombres de negocios", que aunque habían acumulado fortuna, eran demasiados para ser absorbidos por las clases más altas. Muchos habían salido de modestos orí-

⁴ Véase Hobsbawm, Eric J. (1982), pp. 77-93.

genes -aunque nunca de la más estricta pobreza-, habían consolidado sus posiciones, y a partir de 1812, comenzaron a definirse a sí mismos como "clase media". Como tal reclamaban derechos y poder. Eran hombres que se habían hecho "a sí mismos", que debían muy poco a su nacimiento, a su familia o a su educación. Estaban imbuidos del orgullo del triunfo y dispuestos a batallar contra los obstáculos que se pusieran en su camino. Estaban dispuestos a derribar los privilegios que aún mantenían los "inútiles" aristócratas -por los que esta "clase media" sentía un profundo desprecio- y fundamentalmente a combatir contra las demandas de los trabajadores que, en su opinión, no se esforzaban lo suficiente ni estaban dispuestos totalmente a aceptar su dirección.

Para estos hombres, al cabo de una o dos generaciones, la vida se había transformado radicalmente. Pero el cambio no los desorganizó. Contaban con las normas que les proporcionaba los principios de la economía liberal -difundidos por periódicos y folletos- y la guía de la religión. Sus fortunas crecían día a día, y para ellos era la prueba más contundente de que la Providencia los premiaba por sus vidas austeras y laboriosas. Indudablemente eran hombres que trabajaban duro. Vestidos siempre de levitas negras, vivían en casas confortables distantes de sus fábricas en las que ingresaban muy temprano y permanecían hasta la noche controlando y dirigiendo los procesos productivos. Su austeridad -que les impedía pensar en el derroche o en tiempos improductivos dedicados al ocio- era resultado de la ética religiosa, pero también constituía un elemento funcional para esas primeras épocas de la industrialización, donde las ganancias debían reinvertirse. Sólo el temor frente a un futuro incierto los atormentaba: la pesadilla de las deudas y de la bancarrota que dejaron a muchos en el camino. Pero estas amenazas no impidieron que estos nuevos hombres de negocios, esta nueva burguesía industrial fuera la clase triunfante de la Revolución Industrial.

Los nuevos métodos de producción modificaron profundamente el mundo de los trabajadores. Evidentemente, para lograr esas transformaciones en la estructura y el ritmo de la producción debieron introducirse importantes cambios en la cantidad y la calidad del trabajo. Y esos cambios constituyeron una ruptura que se transforma en la cuestión central cuando se toman en cuenta los "resultados humanos" de la Revolución Industrial.

Es indudable que, con la producción en la fábrica, surgió una nueva clase social: el proletariado o clase obrera. Sin embargo, el proceso de formación de esta clase no fue simple ni lineal. De allí que Eric J. Hobsbawm prefiera emplear para este período -por lo menos hasta 1830- el término "trabajadores pobres" para referirse a aquellos que constituyeron la fuerza

laboral. Esto es debido a que el proletariado aún estaba emergiendo de la multitud de antiguos artesanos, trabajadores domiciliarios y campesinos de la sociedad pre-industrial. Se trataba de una clase "en formación", que aún no había adquirido un perfil definido.

Además, la Revolución Industrial, en sus primeras etapas, lejos de desaparecerlas, reforzó formas pre-industriales de producción como el sistema de trabajo domiciliario. El éxito de las hilanderías multiplicó entre 1790 y 1830 el número de tejedores y calceteros en las unidades domésticas. Posteriormente cuando la tejeduría se mecanizó, en ciudades como Londres, aumentó notablemente el número de costurerías y sastrerías domésticas. Sin embargo, ya no se trataba del mismo trabajo, profundamente transformado por la Revolución Industrial. De una ocupación complementaria, con las tareas del ama de casa o con el cultivo de una parcela o con el ciclo de la cosecha, se transformó en una ocupación de tiempo completo cada vez más dependiente de una fábrica o de un taller. El sistema domiciliario comenzaba a transformarse en un trabajo "asalariado".

En estas primeras etapas, resultó clave el aporte de la mano de obra femenina e infantil. Con una remuneración menor que los varones, las mujeres constituyeron la base de la intensificación del trabajo y muchas veces fueron la alternativa (por ejemplo en la tejeduría) a los costos de la mecanización. Como señala Maxine Berg, los niños y las mujeres constituyeron la gran reserva de mano de obra de los nuevos empresarios.⁵

Dentro de la unidad doméstica, eran las mujeres las que trabajaban, pero también enseñaban y supervisaban el trabajo de los más jóvenes; al mismo tiempo que se ocupaban de sus hijos, transmitían las "habilidades" a las nuevas generaciones de la fuerza de trabajo industrial.

De la heterogeneidad de formas productivas con la que se inició la Revolución Industrial dependió la pluralidad de grupos sociales que conformaban a los "trabajadores pobres." Sin embargo, con la expansión del sistema fabril, sobre todo en la década de 1820, con el avance poderoso de la maquinación, el proletariado industrial -en algunas regiones y en algunas ramas de la industria- comenzó a adquirir un perfil más definido: ya era la clase obrera fabril. ¿Cuáles son sus características? En primer lugar, se trata de "proletarios", es decir, de quienes no tienen otra fuente de ingresos digna de mención más que vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. En segundo lugar, el proceso de mecanización les exigió concentrarse en un único lugar de trabajo, la fábrica, que impuso al proceso de

⁵ Véase Berg, Maxine (1987), pp. 145-172.

producción un carácter colectivo, como actividad de un equipo en parte humano y en parte mecánico. El resultado fue un incremento de la división del trabajo a un grado de complejidad desconocido hasta entonces.

Y esto modificó profundamente las conductas laborales: las actividades del trabajador debían adecuarse cada vez más al ritmo y regularidad de un proceso mecánico. Dicho de otro modo, el trabajo mecanizado de la fábrica impuso una regularidad y una rutina completamente diferente a la del trabajo pre-industrial. Era un tipo de trabajo que entraba en conflicto no sólo con las tradiciones, sino con todas las inclinaciones de hombres y mujeres aún no condicionados. De allí, las quejas de los patronos por la "indolencia" de los trabajadores que se negaban, por ejemplo, a trabajar los lunes. En efecto, para los empresarios constituyó una ardua tarea desterrar la costumbre del "lunes santo," día reservado por los jornaleros artesanales para reponerse de la resaca dominguera.

El conflicto se planteaba entre las distintas medidas del tiempo. El trabajo pre-industrial se medía por los ciclos de las cosechas, en meses y en semanas; se medía por la necesidad y por las ganas de trabajar. En cambio, el trabajo fabril se medía en días, horas y minutos. Dicho de otro modo, la industria trajo la tiranía del reloj -que para los trabajadores culminó con la invención de Benjamín Franklin, el "reloj registrador", hacia fines del siglo **XVIII**—. Es cierto que, a la larga, los trabajadores incorporaron e internalizaron la nueva medida de tiempo del trabajo industrial. Y con esto comenzó la lucha por la reducción de la jornada laboral. Pero también es cierto que, en los comienzos, fueron también notables las resistencias frente a este tipo de trabajo.

Frente a las resistencias, ante las dificultades de acondicionamiento al nuevo tipo de trabajo, se forzó a los trabajadores mediante un sistema de coacciones que organizaba el mercado de trabajo y garantizaba la disciplina. Para esto concurren leyes, como la de 1823 que castigaba con la cárcel a los obreros que no cumplieran con su trabajo o la Ley de Pobres de 1834 que reclusa a los indigentes en asilos transformados en casas de trabajo. También se obligaba a trabajar manteniendo bajos los salarios y a través del pago por pieza producida, lo que obligaba al trabajador a la concurrencia cotidiana.

Pero también se disciplinó mediante formas más sutiles. Y en ese sentido hay que destacar el papel que jugó la religión. El metodismo, de gran difusión entre los sectores populares, insistía particularmente en las virtudes disciplinadoras y el carácter sagrado del trabajo duro y la pobreza. En las escuelas dominicales se daba particular importancia a enseñar a los niños el valor del tiempo. Sin embargo, el papel jugado por el metodismo fue

ambivalente. Es cierto que, por un lado, disciplinó al trabajo. Pero, por otro lado, proveyó de formas de asistencia a los que por enfermedad o diversos problemas no podían trabajar. Además proveyó a los trabajadores de ejemplos de acción: sus primeras agrupaciones se organizaron sobre la base que proporcionaba el modelo de la asamblea metodista.

Para los trabajadores, las condiciones de vida se deterioraron. Hasta mediados del siglo **XIX**, mantuvo su vigencia la teoría del "fondo salarial" que consideraba que cuanto más bajos fueran los salarios de los obreros más altas serían los beneficios patronales. Los bajos salarios se combinaban con las condiciones materiales en las que se desarrollaba la vida cotidiana. Sobre todo después de 1820, el trabajo industrial se concentró en las ciudades del oeste de Yorkshire y del sur de Lancashire, como Manchester, Leeds, Bradford y otras concentraciones menores que prácticamente eran barrios obreros interrumpidos sólo por las fábricas. En este sentido, el desarrollo urbano de la primera mitad del siglo **XIX** fue un gran proceso de segregación que empujaba a los trabajadores pobres a grandes concentraciones de miseria alejadas de las nuevas zonas residenciales de la burguesía. Las condiciones de vida en estas concentraciones obreras, el hacinamiento, la falta de servicios públicos favoreció la reaparición de epidemias, como el cólera y el tífus que afectaron a Glasgow en la década de 1830.

Y estos problemas urbanos no sólo afectaban las condiciones materiales de vida, sino que fundamentalmente la ciudad destruía las antiguas formas de convivencia. La experiencia, la tradición, la moralidad pre-industrial no ofrecían una guía adecuada para un comportamiento idóneo en una sociedad industrial y capitalista. De allí, la desmoralización y el incremento de problemas como la prostitución y el alcoholismo.

Uno de los ámbitos donde más se advertía la incompatibilidad entre la tradición y la nueva racionalidad burguesa era el ámbito de la "seguridad social." Dentro de la moralidad pre-industrial se consideraba que el hombre tenía derecho a trabajar, pero que si no podía hacerlo tenía el derecho a que la comunidad se hiciese cargo de él. Esta tradición se continuaba en muchas zonas rurales, en algunas organizaciones de artesanos y trabajadores calificados, e incluso entre aquellos que participaban de la Iglesia metodista. Pero esta tradición era algo completamente incompatible con la lógica burguesa que basaba su triunfo en el "esfuerzo individual". Además, como ya señalamos, si la burguesía consideraba su riqueza como el premio de la Providencia a sus virtudes, resultaba lógica la asociación entre pobreza y pecado (asociación que hubo de tener una larga permanencia). De allí que la "caridad" burguesa funcionara como motor de degradación más que de ayuda material.

Frente a la nueva sociedad que conformaba el capitalismo industrial, los trabajadores podían dificultosamente adaptarse al sistema e incluso intentar "mejorar": sobre todo, los calificados podían hacer esfuerzos para ingresar a la "clase media" o, por lo menos, seguir los preceptos de austeridad y de ayuda a "sí mismos" que proponía la sociedad burguesa. También podían, empobrecidos y enfrentados a una sociedad cuya lógica les resultaba incomprensible, desmoralizarse. Pero aún les quedaba otra salida: la rebelión. Y para esto la experiencia no era desdeñable. Por un lado, estaban los primeros movimientos de resistencia del siglo XVIII pocos articulados pero de acción específica y directa que brindaban modelos para actuar. Por otro lado, las tradiciones jacobinas -del ala radical de la Revolución Francesa- que habían sido asumidas por artesanos que pronto se transformaron en los líderes de los trabajadores pobres y de la incipiente clase obrera. De este modo, pronto surgió la organización y la protesta. Como lo señala Edward P. Thompson, la clase obrera fue "hecha" por la industria, pero también se hizo a sí misma en el proceso que permitió el pasaje de la "conciencia de oficio" a la "conciencia de clase".⁶

En las últimas décadas del siglo XVIII, la primera forma de lucha en contra de los nuevos métodos de producción, el ludismo, fue la destrucción de las máquinas que competían con los trabajadores en la medida que suplantaban a los operarios. Cuando ya fue claro que la tecnología era un proceso irreversible y que la destrucción de máquinas no iba a contener la tendencia a la industrialización, esta forma de lucha continuó sin embargo empleándose como forma de expresión para obtener aumentos salariales y disminución de la jornada de trabajo. Y hacia 1811 y 1812 el movimiento ludista adquirió tal extensión que las leyes implantaron la pena de muerte para los destructores de máquinas.

Pero las demandas no se restringieron a la mejora de las condiciones de trabajo ni al aumento de los salarios, sino que también aparecieron reivindicaciones vinculadas con la política. En este sentido, la influencia de la Revolución Francesa fue significativa: el jacobinismo había dotado a los viejos artesanos de una nueva ideología, la lucha por la democracia y por los derechos del hombre y del ciudadano. No fue una simple coincidencia que en 1792 se publicara la obra de Thomas Paine, *Los derechos del hombre* y que el zapatero Thomas Hardy fundara la primera Sociedad de Correspondencia, asociación secreta que agrupaba a los trabajadores. De esta manera, a pesar de una legislación represiva -en 1799 se anularon los derechos

⁶ Véase Thompson, Edward P. (1977), prólogo, t. I

de crear asociaciones-, comenzaron los movimientos que configuraban las primeras formas de lucha obrera.

En las primeras décadas del siglo XIX, las demandas de los trabajadores de una democracia política coincidieron con las aspiraciones de las nuevas "clases medias" a una mayor participación en el poder político. Frente a un sistema en que el sufragio era privilegio de las clases propietarias que contaban con un determinado nivel de renta, la lucha se centró en la ampliación del sistema electoral. El problema radicaba en que antiguos condados anteriormente densamente habitados habían disminuido su población -eran los llamados "burgos podridos"-, pero, a pesar de esto, conservaban la mayoría en la representación parlamentaria de modo tal que a veces un solo propietario podía llegar a tener dos bancas en el Parlamento. Por el contrario, centros densamente poblados, como las nuevas regiones industriales, carecían de representación.

Durante estos años, la intensa movilización permitió a los trabajadores, sobre todo a los calificados, avanzar en el derecho de asociación. En 1824, se anuló la legislación que prohibía asociarse y comenzaron a surgir los sindicatos (*Trade Unions*), culminando en 1830 con la formación de la Unión General de Protección al Trabajo. Pero si avanzaron en organización, los trabajadores perdieron en la lucha por los derechos políticos. En efecto, la lucha por la ampliación del sistema político culminó con la reforma electoral de 1832. Por esta reforma se suprimían los "burgos podridos", se otorgaba representación a los nuevos centros industriales y acrecentó el número de electores (de 500.000 a 800.000) al disminuir la renta requerida para votar. Esto indudablemente favorecía a la "clase media", pero excluía a la clase obrera de los derechos políticos.

El fracaso de 1832 constituyó un hito en la conformación del movimiento laboral: estaba claro que los intereses de los trabajadores no podían coincidir con los de la burguesía. Era necesario plantearse nuevas formas de lucha. Esto coincidía además con una ofensiva de los patronos contra los sindicatos -los empresarios se negaban emplear a trabajadores sindicalizados-, que los obligó a transformarse en asociaciones prácticamente clandestinas. Sin embargo, la cuestión de los derechos políticos continuó ocupando el centro del movimiento de trabajadores. En esta línea, en 1838, la Asociación de Trabajadores de Londres confeccionó un programa que se llamó la Carta del Pueblo: se exigía el derecho al sufragio universal, idéntica división de los distritos electorales, dietas para los diputados, entre otras peticiones.

La Carta del Pueblo dio origen a un vasto movimiento, el carlismo, que se extendió por toda Gran Bretaña alcanzando, sobre todo hacia 1842, una amplia resonancia. Sin embargo, el cartismo terminó disgregándose.

En parte, porque sus dirigentes, por sus posiciones divididas -algunos buscaban una alianza con los sectores más liberales de la burguesía, mientras otros consideraban la huelga como única forma de lucha-, no lograban unificar acciones conjuntas. Pero en gran parte también, por la repercusión que alcanzó en Inglaterra el fracaso, como veremos, de las revoluciones del 48 en el continente.

La Revolución Francesa

Si la economía del mundo del siglo **XIX** se transformó bajo la influencia de la Revolución Industrial inglesa, no cabe duda que la política y la ideología se formaron bajo el modelo de la Revolución Francesa. Francia proporcionó el vocabulario y los programas de los partidos liberales y democráticos de la mayor parte del mundo, y ofreció el concepto y los contenidos del nacionalismo. Fue una revolución, además, de repercusiones mundiales: no sólo significó un hito en la historia europea sino que sus efectos alcanzaron zonas muy alejadas como Hispanoamérica. Hasta la Revolución Rusa de 1917, la Francesa se transformó en el modelo revolucionario.

Los orígenes de la Revolución

¿Por qué esta revolución ocurrió en la Francia del siglo **XVIII**? En primer lugar -si bien no es algo exclusivo de Francia, allí se registró con mayor intensidad- desde mediados del siglo **XVIII**, se habían producido profundos cambios en el ámbito de las ideas y de las concepciones del mundo.

Los "filósofos" de la Ilustración, al fijar las fronteras del conocimiento, habían destronado a la teología: la religión, al integrar el terreno de las "creencias," estaba fuera de lo racionalmente verificable, es decir, del conocimiento científico. El pensamiento se alejaba de lo sagrado para afirmar sus contenidos laicos. Pero esta separación ponía en tela de juicio las bases de la monarquía absoluta. La naturaleza divina del poder real, fundamento de su legitimidad, no era aceptada por los filósofos que propusieron una nueva instancia de legitimación, la opinión pública.

Como señala Roger Chartier, los cafés, los salones, los periódicos habían creado la esfera pública de la política -llamada también por Jürgen Habermas "esfera pública burguesa"-, es decir, espacios donde los individuos hacían un uso público de la razón.⁷ Era un espacio de discusión, de

⁷ Véase Chartier, Roger (1995), pp. 33-50.

comunicación y de intercambio de las ideas, sustraído del Estado -es decir, de la "esfera del poder político"— donde se criticaban sus actos y fundamentos. Además, en esa nueva esfera pública, las personas que hacían uso de la razón podían ser consideradas "iguales": ellas no se distinguían por su nacimiento, sino por la calidad de sus argumentaciones, es decir, por su capacidad. La esfera pública no reconocía, por lo tanto, las jerarquías sociales y las distinciones de órdenes sostenidas por el Estado absoluto.

Esto no significa, sin embargo, que la "opinión pública" fuese considerada la opinión de la mayoría: "público" no significaba "pueblo". Por el contrario, la "opinión pública" era la opinión de los hombres ilustrados, era incluso la "opinión de los hombres de letras" opuestos al "populacho" de opiniones múltiples y versátiles, plagadas de prejuicios y pasiones. La frontera estaba dada entre los que podían leer y escribir y entre quienes no podían hacerlo. Desde esta perspectiva, los hombres ilustrados, que encarnaban la opinión pública, eran quienes debían erigirse en "representantes" del pueblo. En síntesis, dentro de la esfera pública se conformaba una nueva cultura política, con una nueva teoría de la representación, que colocaba el centro de la autoridad, no en las decisiones del monarca, sino en una opinión pública, que a fines del siglo **XVIII** se transformaba en un tribunal al que era necesario escuchar y convencer.

La nueva cultura política reflejaba la crisis de legitimidad de la monarquía absoluta que alcanzaba a amplios sectores sociales, a los campesinos, a las clases populares urbanas.

En los Cuadernos de Quejas de 1789 -que se redactaron ante la convocatoria de los Estados Generales y que recogían los petitorios de los distintos grupos sociales en todo el territorio de Francia— quedaron explícitos los cambios en las imágenes del rey: se había producido la desacralización de la monarquía. Es cierto que aún el término "sagrado" aparece unido al nombre del monarca, pero también eran "sagradas" muchas otras cosas: los diputados, los derechos de las personas. Era además una sacralidad que había cambiado su naturaleza, no estaba otorgada por Dios sino por la misma nación. Y según algunos autores, como Roger Chartier, esta desacralización fue lo que hizo posibles las profanaciones revolucionarias.

La crisis política se conjugaba con una peculiar situación social y económica. Durante el siglo **XVIII**, Francia fue la principal rival económica de Inglaterra en el plano internacional: había cuadruplicado su comercio exterior y contaba con un dinámico imperio colonial. Pero, a diferencia de Inglaterra, Francia era la más poderosa monarquía absoluta de Europa, y no estaba dispuesta a subordinar la política a la expansión económica. Por el contrario, esta expansión encontraba sus límites en la rígida organización

mercantilista del antiguo régimen, los reglamentos, los altos impuestos, los aranceles aduaneros.

Los economistas de la Ilustración, los fisiócratas, habían planteado soluciones. Consideraban que era necesario una eficaz explotación de la tierra, la abolición de las restricciones y una equitativa y racional tributación que anulara los viejos privilegios. Criticando las bases del mercantilismo, consideraban que la riqueza no estaba en la acumulación sino en la producción —fundamentalmente agrícola—, por lo tanto, para que prosperara, era necesario levantar las trabas, "dejar hacer" (*laissez-faire*), dar libertad a los productores, a las empresas, al comercio. Pero los intentos de llevar a cabo estas reformas en Francia fracasaron totalmente. El fisiócrata Turgor, ministro de Luis XVI entre 1774 y 1776, chocó contra una inmovible aristocracia opuesta a un sistema impositivo que tocara sus privilegios. En síntesis, el conflicto entre los intereses del antiguo régimen y el ascenso de nuevas fuerzas sociales era más agudo en Francia que en cualquier otra parte de Europa. La "reacción feudal" fue la chispa que encendió la revolución.⁸

Para algunos historiadores, como Vovelle, la revolución fue el producto del conflicto entre la aristocracia feudal y las burguesías vinculadas a las nuevas actividades económicas y, por lo tanto, la consideran el paso necesario para el traspaso del poder de una clase social a la otra y el establecimiento de la sociedad moderna. Pero esta posición es enfrentada por las corrientes "revisionistas" que niegan la existencia tanto de una reacción nobiliaria como de una verdadera burguesía en la Francia del siglo XVIII.⁹

Niegan por lo tanto, el carácter de revolución "burguesa" a los acontecimientos que se desencadenaron a partir de 1789. Por el contrario, consideran que entre algunos sectores de la burguesía y de una nobleza "liberal" había amplio consenso respecto a la necesidad de reformas. De allí que la revolución fuese una "revolución de las élites" que el *derapage* (resbalón) que sufrió entre 1790 y 1794 fue por la intromisión de las masas campesinas y urbanas que se movilizaron en función de sus propias reivindicaciones. Ante las posiciones "revisionistas", Hobsbawm rescata nuevamente el carácter de "revolución burguesa".¹⁰

Para Hobsbawm el punto de partida está en el papel jugado por periodistas, profesores, abogados, notarios que defendían un sistema que se basaba no en el privilegio y el nacimiento, sino en el talento. Al defender un

⁸ Véase Vovelle, Michel (1984), pp. 11-78.

⁹ Véase Furet, Francois (1980).

¹⁰ Véase Hobsbawm, Eric J. (1992), pp. 17-56.

nuevo orden social, estos burgueses —que no son exclusivamente los hombres de negocios— sentaron las bases para las posteriores transformaciones.

Las etapas de la Revolución

La participación de Francia en la guerra de independencia de los Estados Unidos había agravado los problemas financieros. Para sanear el déficit fiscal, los ministros de Luis XVI habían intentado el cobro de un impuesto general a todas las clases propietarias, medida que afectaba el tradicional privilegio de la nobleza. Ante esto, la Asamblea de Notables, que reunía a la aristocracia, en una cerrada oposición a la medida, exigió a la corona la convocatoria de los Estados Generales (1788). Estos Estados representaban a los estamentos de la sociedad —el clero, la nobleza y el estado llano— y, ante los avances de la monarquía absoluta no se reunían desde 1615.

En síntesis, la revolución comenzó con la rebelión de la nobleza que intentaba afirmar sus privilegios frente a la monarquía. Pero, los efectos fueron distintos a los esperados. La convocatoria de los Estados Generales, la elección de los diputados, la redacción de los Cuadernos de Quejas provocaron una profunda movilización que ponía en tela de juicio todo el andamiaje del antiguo régimen.

Los Estados Generales aún recogían la visión de la sociedad expresada en el modelo de los "tres órdenes": los que rezan (el clero), los que guerrean (la nobleza) y los que trabajan la tierra (los campesinos).

Los dos primeros Estados, el clero y la nobleza, reunían a los órdenes privilegiados; como resultado del cambio social, el Tercer Estado o Estado Llano incluía no sólo a los campesinos sino a todos los grupos —la mayor parte de la sociedad— que carecían de privilegios: burguesía mercantil y financiera, artesanos, manufactureros, profesionales, pequeños comerciantes, ricos arrendatarios, jornaleros, etc. Si bien la representación estaba ejercida por los personajes más influyentes de las ciudades, los sectores populares intervinieron activamente haciendo incluir sus reivindicaciones en los Cuadernos de Quejas, que constituían el mandato que debían asumir los diputados.

En mayo de 1789 los Estados Generales se reunieron en París. Inmediatamente comenzaron los debates sobre las formas de funcionamiento. Ante la falta de acuerdos, ante la negativa de la corona de aceptar la reunión conjunta de los tres Estados, el Estado Llano o Tercer Estado se convocó en una Asamblea Nacional. Pero, en la coyuntura, los objetivos de sus integrantes cambiaron: se propusieron redactar una Constitución que, según el modelo que proporcionaba Inglaterra, limitara el poder real.

La primera etapa de la revolución (1789-1791)

Las intenciones de Luis XVI de disolver la Asamblea Nacional por la fuerza provocaron el levantamiento popular que agudizó el proceso: el 14 de julio de 1789, la toma de la fortaleza de La Bastilla simbolizó la caída del absolutismo y el comienzo de un período de liberación. Pronto la revolución se extendió en ciudades y, fundamentalmente, en el campo. Oleadas de levantamientos campesinos, el llamado "Gran Miedo" -saqueo de castillos, quema de los títulos de los derechos señoriales-, en sólo dos semanas quebraron la estructura institucional de Francia. El establecimiento de órganos de gobierno autónomos prácticamente hacía desaparecer toda forma de poder descentralizado.

En agosto de 1789, la revolución obtuvo su manifiesto formal: la Asamblea aprobó la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*. La Declaración se basaba en los principios de *libertad, igualdad y fraternidad*, considerado el gran legado de la Revolución Francesa. La libertad se entendía fundamentalmente como la libertad personal de los individuos frente a las arbitrariedades del Estado, pero también libertad de empresa y libertad de comercio; la igualdad significaba que todos los individuos eran iguales ante la ley aboliendo de este modo los privilegios de sangre y de nacimiento; la fraternidad conformaba a la nación, todos eran franceses, con una sola patria y en tal sentido podían considerarse "hermanos".

Art. 1º Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden estar fundadas más que sobre la utilidad común.

Art. 2º El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad, la resistencia a la opresión.

Art. 3º El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación: ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad si no emana directamente de ella.

(Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano).

Pocos días antes, la Asamblea -por la presión de los levantamientos campesinos- había abolido el feudalismo. Es cierto que posteriores correcciones limitaron sus efectos. El pago de rescate por las tierras, por ejemplo, limitó el proceso de liberación campesina. Sin embargo, pese a esto, la importancia de la medida radicaba en echar las bases de un nuevo derecho civil con fundamento en la libre iniciativa. En la misma dirección concurrió la prohibición de la existencia de las corporaciones, medida que apuntaba

a eliminar los jerárquicos gremios medievales que limitaban la libertad de empresa y la libertad de trabajo. En síntesis, se comenzaba a construir el "orden burgués".

También se hacía necesario socavar otros de los fundamentos del antiguo régimen: las bases del poder de la Iglesia. A fines de 1789, se nacionalizaron los bienes del clero. En consecuencia, se expropiaron las tierras eclesiásticas que se pusieron en venta con el objetivo también de dar respaldo al "asignado", nuevo papel moneda. En julio de 1790, se dictaba la Constitución Civil del Clero que colocaba a la Iglesia bajo el poder del Estado: los obispos y los curas se transformaban en funcionarios públicos elegidos en el marco de las nuevas circunscripciones administrativas. Es cierto que esto generó un amplio conflicto que, durante mucho tiempo, enfrentó al clero constitucional y al mayoritario clero "refractario" que se negaba a aceptar la medida. Pero también quedaban cada vez más claras las intenciones de establecer un nuevo orden. Ese mismo año se decidieron los festejos del primer aniversario de la toma de la Bastilla: era la celebración de la fraternidad y de la abolición de las antiguas divisiones. El 14 de julio se transformaba en la fecha simbólica del nacimiento de ese nuevo orden.

Sin embargo, todavía quedaban pendientes problemas, fundamentalmente, la cerrada oposición de amplios sectores del clero y de la aristocracia frente al proceso que se desencadenaba. En efecto, muchas de las medidas se tomaban frente a la hostilidad de la nobleza y del rey que intentaba bloquear las resoluciones. Sin embargo, la movilización popular resultó clave para revertir la situación. Ya en octubre de 1789, una marcha de mujeres apoyadas por la Guardia Nacional -fuerza armada que la Asamblea Nacional había reclutado entre los ciudadanos- se dirigió a Versalles y obligó al rey a refrendar los primeros decretos. Ante esto, muchos nobles comenzaron a elegir el camino del exilio.

En septiembre de 1791, se aprobaba la Constitución, prologada por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que establecía un sistema de monarquía limitada. El poder monárquico quedaba controlado por una Asamblea Legislativa, cuyos miembros debían ser elegidos mediante un sufragio restringido, derecho de los varones adultos propietarios. En este sentido quedaba claro que la "igualdad" de los hombres que había proclamado la revolución era la igualdad civil ante la ley, pero no implicaba en absoluto la igualdad política. Con esto, como señala Vovelle, culminaba la "revolución burguesa". Y esta fórmula de democracia limitada por el voto censatario constituyó a lo largo del siglo **XIX**, como veremos, el programa de la burguesía liberal europea.

La segunda etapa de la Revolución. La república jacobina (1792-1794)

Con el establecimiento de la monarquía limitada sobre la base de una participación restringida, para muchos que planteaban la necesidad de llegar a un acuerdo con el rey se habían cumplido los objetivos de la Revolución. Pero también eran muchos los que consideraban necesario seguir profundizando los contenidos revolucionarios. De este modo, dentro del Tercer Estado pronto comenzaron a diferenciarse las distintas corrientes, que se agrupaban en distintas asociaciones o clubes políticos. Algunos de estos clubes, como el de los jacobinos o el de los cordeleros -donde se escuchaban a los oradores más populares como Marat y Danton-, estaban reservados a la élite política. Pero también los sectores populares más radicalizados, que abarcaban a artesanos y jornaleros y a pequeños propietarios de tiendas y talleres, es decir, los *sans-culottes* -llamados así porque no usaban las calzas que vestían los sectores más acomodados sino simplemente pantalones-, se agrupaban en sociedades que se reunían en los barrios de las ciudades con un ideario democrático e igualitario. Esta red de asociaciones que cubría el país, junto con el aumento notable de la prensa revolucionaria, se transformó pronto en el motor de la agitación.

Las distintas tendencias también se expresaron en la Asamblea Legislativa y quedaron definidas por el lugar que ocupaban en el recinto de sesiones: en la "derecha" se agrupaban los sectores más conservadores; en la "izquierda", los más radicales. Si los más conservadores consideraban que la Revolución había concluido y que era necesario desmontar la "máquina de las insurrecciones", los acontecimientos no se desarrollaron a su favor. En primer lugar, una serie de malas cosechas y la devaluación de los asignados llevaron a una crisis económica que favoreció la movilización popular. En segundo lugar, el peligro de la contrarrevolución y de la guerra afirmó la influencia de los sectores más radicalizados.

En efecto, ante el desarrollo de los acontecimientos, en junio de 1791, Luis XVI junto con su familia había intentado huir para reunirse con los nobles exiliados en Austria. Pero la huida fue descubierta en la ciudad de Verennes y la familia real, en medio de la indignación popular, fue llevada por la fuerza a París. Poco después, Luis XVI fue forzado a prestar juramento a la Constitución. Pero el intento de huida y la intención del rey de unirse a los exiliados que complotaban en contra de la revolución para restaurar el poder absoluto fueron percibidos como un acto de "traición a la Patria". Y el descrédito de la monarquía afirmó el prestigio de los más radicalizados que habían comenzado a trazar un ideario republicano.

Estaba también el peligro de la guerra. Los nobles emigrados habían

obtenido el apoyo del rey de Prusia y del emperador de Austria para organizar una fuerza militar con el objetivo de invadir Francia. Para las coronas de Austria y de Prusia colaborar con la restauración del absolutismo era no sólo un acto de solidaridad política y familiar con Luis XVI -cuya esposa María Antonieta era austríaca- sino fundamentalmente una medida defensiva: evitar la expansión de esas ideas y de esos movimientos dentro de sus propios reinos. Pero las amenazas exteriores también parecían vincularse con conjuraciones internas. De este modo, la Asamblea Legislativa declaró la guerra a Austria en abril de 1792.

El estallido de la guerra favoreció la radicalización del proceso. Mientras los ejércitos enemigos se acercaban a la frontera y comenzaban a invadir el territorio, se proclamó la "Patria está en peligro" mientras acudían a París los voluntarios de las provincias en defensa de la revolución. Era el desenlace de un movimiento patriótico en contra de la traición. En este clima, el rey fue depuesto y enviado a prisión (agosto de 1792), se disolvió la Asamblea Legislativa y se la reemplazó por una Convención Nacional, elegida mediante sufragio universal. Para señalar el cambio incluso se estableció un nuevo calendario que buscaba marcar el comienzo de una nueva era: 1792 se transformaba en el Año I de la República. Se iniciaba así la segunda etapa de la revolución, etapa en la que guerra impuso su propia lógica.

La Convención inició sus sesiones en septiembre de 1792, en medio de difíciles circunstancias: la revolución parecía estar jaqueada desde adentro y desde afuera. Mientras los ejércitos invadían, la mayoría de las regiones estaban sublevadas y desconocían al gobierno. Era necesario tomar medidas excepcionales: tal fue la acción de los jacobinos que pronto ganaron el control de la Convención. Con el apoyo de los sectores populares de París y controlando mecanismos claves de gobierno como el Comité de Salvación Pública, los jacobinos lograron que todo el país fuese movilizado con medidas que configuraban la guerra total. La leva en masa incorporaba al ejército a todo ciudadano apto para llevar un fusil, mientras se establecía una economía de guerra rígidamente controlada: racionamiento y precios máximos. Las dificultades fueron muchas, pero las noticias de los primeros triunfos del ejército francés que había derrotado a los austríacos en la batalla de Valmy (septiembre de 1792) permitían mantener el ardor revolucionario.

Pero los enemigos no eran sólo externos. Para asegurar el orden y acabar de raíz con la oposición interna se impuso esa rígida disciplina que se conoció como el "Terror". Los sectores más radicalizados plantearon la necesidad de condenar a muerte al rey por su acto de traición: Luis XVI fue ejecutado en la guillotina. Con la suya, rodaron las cabezas de su esposa y

de otros nobles, pero también las cabezas de muchos antiguos revolucionarios que disentían con la conducción jacobina. Así murió, por ejemplo, en 1794, Danton, uno de los políticos más hábiles de la Convención, de gran popularidad, cuya capacidad oratoria había movilizadado a la guerra por la defensa de Francia y de los ideales republicanos.

En 1793 se había promulgado una nueva Constitución, de carácter democrático, que establecía el sufragio universal, el derecho a la insurrección y al trabajo, la supresión de los derechos feudales aún existentes y la abolición de la esclavitud en las colonias. Pero esta Constitución casi no tuvo vigencia. Su aplicación fue suspendida por el mismo Comité de Salvación Pública, encabezado por Robespierre, que prácticamente estableció una dictadura para profundizar la política del Terror.

Pero Robespierre pronto se encontró aislado. Si bien había eliminado la corrupción, las restricciones a la libertad disgustaban a muchos. Y tampoco agradaban sus incursiones ideológicas como la campaña de "des cristianización" —debida sobre todo al celo de los *sans-culottes*— que buscaba reemplazar las creencias tradicionales por una nueva religión cívica basada en la razón y en el culto, con todos sus ritos, al Ser Supremo. Mientras, el silbido de la guillotina recordaba a todos los políticos que nadie podía estar seguro de conservar su vida.

La tercera etapa de la Revolución. La difícil búsqueda de la estabilidad (1794-1799)

La república jacobina pudo mantenerse durante la época más difícil de la guerra, pero hacia mediados de 1794 las circunstancias habían cambiado: los ejércitos franceses habían derrotado a los austríacos en Fleurus y ocupado Bélgica. En este contexto, una alianza de fuerzas opositoras dentro de la Convención, en julio —el mes thermidor del nuevo calendario— de 1794, desalojó del poder a Robespierre y a sus seguidores que fueron ejecutados. Poco después, en 1795, la Convención daba por terminadas sus funciones y sancionaba la Constitución del año III de la República.

El golpe de thermidor frenaba también a quienes aspiraban a cambios más profundos. En efecto, la Constitución de 1795 restablecía el sufragio restringido a los ciudadanos propietarios. Al mismo tiempo se establecía un poder legislativo bicameral y un poder ejecutivo, el Directorio, integrado por cinco miembros. De este modo, se aspiraba a retornar al programa liberal que había sido impuesto durante la primera etapa de la Revolución. Sin embargo, la mayor dificultad fue la de lograr la estabilidad política.

En una situación de difícil equilibrio, el gobierno del Directorio, sin

demasiados apoyos, se encontró jaqueado tanto por los *sans-culottes* —que pronto lamentaron la caída de Robespierre— y los políticos más radicalizados, como por la reacción aristocrática. Era necesario encontrar la fórmula para no volver a caer en la república jacobina ni retornar al antiguo régimen. Y el delicado equilibrio fue mantenido básicamente por el ejército, responsable de reprimir y sofocar las periódicas conjuras y levantamientos. El ejército se transformó, de esta manera, en el soporte del poder político.

El ejército fue uno de los hijos más brillantes de la revolución. Nacido de la "leva en masa" de ciudadanos revolucionarios, pronto se convirtió en una fuerza profesional de combatientes. Pronto además mostró su capacidad en la guerra. Era además un ejército burgués, una de las carreras que la revolución había abierto al talento. Los grados y los ascensos no se debían al privilegio ni al nacimiento, sino que se debían —como en la sociedad burguesa— al mérito, transformado en la base de la jerarquía de valores. Y uno de esos militares de carrera, Napoleón Bonaparte, fue finalmente quien puso fin a la revolución al mismo tiempo que institucionalizó sus logros. Con él nacía además uno de los grandes mitos de la historia.

Fin e institucionalización de la Revolución:

Napoleón Bonaparte (1799-1815)

Los ejércitos revolucionarios habían transformado el mapa de Europa. Se habían puesto en marcha como respuesta a la agresión de las dinastías europeas que apoyaban a los nobles exiliados, pero había algo más. La Revolución era considerada por muchos —como posteriormente en 1917, la Revolución Rusa— no como un acontecimiento que afectaba exclusivamente a Francia, sino como el comienzo de una nueva era para toda la humanidad. De allí las tendencias expansionistas y la ocupación de países, con ayuda de los partidos filojacobinos locales, donde transformaron el gobierno y la misma identidad nacional. De este modo, Bélgica fue anexada en 1795; luego lo fue Holanda que pasó a constituir la República Bátava. Desde 1798, Suiza, constituyó la República Helvética y en el norte de Italia se estableció la República Cisalpina. En síntesis, con los ejércitos se expandían también algunos de los logros revolucionarios, como el sistema republicano, ante el terror de las monarquías absolutas. Pero la guerra no sólo fue un enfrentamiento entre sistemas sociales y políticos, sino que también fue el resultado de la rivalidad de las dos naciones que buscaban establecer su hegemonía sobre Europa: Francia e Inglaterra.

En ese ejército revolucionario había hecho su carrera Napoleón Bonaparte, quien siendo muy joven, a los 26 años, había logrado el grado de ge-

neral. Su prestigio fue en aumento en 1795, cuando ante una sublevación monárquica estimulada por la caída de Robespierre, se le confió la defensa de la Convención. Bonaparte logró conjurar el peligro y desde entonces su posición fue sólida, no sólo por la certidumbre unánime de su capacidad militar, sino por la influencia personal que fue alcanzando. En 1796, el Directorio le confió la campaña militar a Italia y en 1798 -dispuesto a atacar la fuente de recursos de Inglaterra- Bonaparte se propuso la conquista de Egipto.

El sostenimiento de la guerra, junto con las dificultades internas, debilitó aún más al Directorio. En noviembre de 1799 -el 18 de brumario—, un golpe entregó el mando de la guarnición de París a Bonaparte. Poco después se formaba un nuevo poder ejecutivo, el Consulado, integrado por tres miembros. La Constitución del año VIII (1800) -que a diferencia de las precedentes no hacía mención a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano— dio forma al nuevo sistema: se disponía que uno de los tres mandatarios ejerciera el cargo de Primer Cónsul, reduciendo a los otros dos a facultades consultivas y otorgándole supremacía sobre el poder legislativo. El cargo de Primer Cónsul -que posteriormente fue declarado vitalicio— se otorgó a Napoleón Bonaparte que pudo ejercer un poder sin contrapesos.

Como ya señalamos, el sistema napoleónico significó el fin de la agitación revolucionaria. En primer lugar, se restringió la participación popular. Es cierto que se mantuvo el sufragio universal para todos los varones adultos, pero el sistema electoral indirecto, a través de la "lista de notabilidades" locales por quienes se debía sufragar, limitó sus efectos. Cada vez quedaba más claro que, a pesar de que la Constitución reafirmaba el principio de la soberanía popular, el poder venía "de arriba", y la participación popular se reducía a manifestaciones de confianza a través de los plesbicitos. En segundo lugar, se estableció un rígido sistema de control sobre la población. El control se perfeccionó sobre todo después de 1804, cuando el ministro de policía, Fouché, se encargó de eliminar todo asomo de protesta o disidencia. Iniciando una práctica de larga perdurabilidad, se confeccionaron "fichas" de funcionarios y de personalidades, bajo el pretexto de confeccionar una estadística "moral" de la Europa napoleónica. De este modo, mediante una centralización cada vez mayor del poder, se evitó toda radicalización que condujera a la república jacobina.

Pero el sistema napoleónico también institucionalizó muchos de los logros revolucionarios. Para acabar con los conflictos religiosos y contar con el apoyo del clero, Napoleón firmó con el papa Pío VII un Concordato (1801). Según sus términos, el papado reconocía las expropiaciones de

los bienes eclesiásticos que había efectuado la Revolución, a cambio, se establecían severas limitaciones a la libertad de cultos. El Estado francés, por su parte, se reservaba el derecho de nombrar a los dignatarios eclesiásticos, pagarles un sueldo y exigirles un juramento de fidelidad. En síntesis, la Iglesia francesa —continuando una larga tradición- quedaba subordinada al Estado, anulando su potencial conflictivo.

Pero la obra más importante fue la redacción de un Código -conocido como *Código Napoleónico*— redactado por importantes juristas con la participación del mismo Napoleón que quedó concluido en 1804. Allí se unificó la legislación y se institucionalizaron principios revolucionarios, como la anulación de los privilegios sociales y la igualdad de todos los hombres frente a la ley. Pero el Código no sólo institucionalizaba la "revolución burguesa" en Francia. El Código también se estableció en las regiones y países ocupados, expandiendo por Europa las bases de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano.

El sistema napoleónico también reorganizó la administración y las finanzas y creó hasta un Banco Nacional, el más patente símbolo de la estabilidad burguesa. La enseñanza pública fue tratada con particular celo: se reorganizó la Universidad que quedó responsable de todo lo referente a la instrucción y se crearon los Liceos para la educación de los hijos de las "clases medias", los futuros funcionarios que concurrían al servicio del Estado. Y durante el período napoleónico se creó la jerarquía de funcionarios públicos que constituía la base del funcionamiento estatal. Se abrieron las "carreras" de la vida pública francesa -en la administración civil, en la enseñanza, en la justicia- de acuerdo con una jerarquía de valores, el "escalafón", propia de la burguesía, que encontraba su base en el mérito. Quedó establecido así un sistema de funcionamiento que ejercería gran influencia y que logró larga perdurabilidad.

A comienzos de 1804, el descubrimiento de un complot permitió a Bonaparte dar un paso más: la instauración del Imperio. De este modo, en mayo de 1804, se sancionaba la Constitución del año VIII que establecía la dignidad de "emperador de los franceses" para Napoleón, se fijaba el carácter hereditario del Imperio y se echaban las bases de una organización autocrática y centralizada. El eje de toda la organización era el mismo Napoleón asisrido por una nobleza de nuevo cuño, su familia y quienes podían ascender a ella no por nacimiento, sino a través de sus méritos y de los servicios prestados al Estado.

La constitución del Imperio fue fundamentalmente el resultado de la Política exterior napoleónica: la nación que aspiraba a dominar el continente tenía que estar dirigida por una institución que históricamente lleva-

ra implícita una función hegemónica. Olvidando peligrosamente los sentimientos nacionales, Napoleón había proclamado: "Europa es una provincia del mundo y una guerra entre europeos es una guerra civil". Dentro de esa peculiar concepción de la unidad continental, el Imperio suponía la afirmación de la supremacía francesa. De este modo, la carrera política de Napoleón culminó en el fastuoso rito de la coronación imperial. Al coronarlo (2 de diciembre de 1804), el papa Pío VII legitimaba la hegemonía napoleónica. Como testimonio quedaron las transformaciones que se introdujeron en París: importantes monumentos destinados a restaurar la idea romana del Imperio.

En la lucha de Francia por la hegemonía europea, Inglaterra fue el enemigo inevitable. En la confrontación bélica ninguno de los dos países había conseguido éxitos decisivos. De allí que la lucha se trasladara al terreno económico. Desde 1805, la marina británica obstaculizaba las comunicaciones marítimas para los franceses; la respuesta fue un contrabqueo que impedía la conexión y las transacciones comerciales de las islas con el continente. En síntesis, bloqueo marítimo y bloqueo continental eran los medios por los que Inglaterra y Francia intentaban asfixiarse mutuamente. Para Napoleón, además, el bloqueo continental presentaba una doble ventaja: no sólo aislaba a Inglaterra sino que subordinaba la economía del continente a las necesidades de Francia.

Sin embargo, para Francia, los efectos del bloqueo fueron graves: ruina de los puertos, falta de algodón y, sobre todo, la quiebra de los propietarios agrícolas que, en los años de buenas cosechas, no podían exportar el excedente. La situación económica hizo crisis en 1811. Ante la imposibilidad de una victoria económica, Napoleón decidió dar un vuelco decisivo a la guerra, mediante una contundente acción militar: la invasión de Rusia (1812).

Pero los resultados no fueron los esperados. Los rusos habían abandonado sus tierras destruyendo todo lo que pudiera servir al invasor, incluso incendiaron la ciudad de Moscú para desguarnecer las tropas francesas. Se comenzaron así a sufrir las consecuencias del crudo invierno ruso y se debió emprender una retirada que le costó al emperador lo mejor de sus tropas. El fracaso estimuló además el estallido de movimientos nacionalistas en los países ocupados. El imperio napoleónico se encontraba en las puertas de su fin. Las fuerzas aliadas de Prusia, Austria, Rusia y Suecia en la batalla de Leipzig (octubre de 1813) derrotaron a Napoleón que fue confinado en la isla de Elba (1814).

La ocupación de Francia por los aliados permitió la restauración de los Borbones en el trono de Francia. Pero, ante la situación generada por la ocupación, las intenciones del monarca Luis XVIII de retornar al antiguo

régimen permitieron que internamente se organizara un movimiento favorable a Napoleón (marzo de 1815). De este modo, evadiendo su custodia y con el apoyo de la fuerza militar, Napoleón pudo apoderarse de París, dispuesto a continuar la guerra. Pero sólo logró mantenerse en el poder cien días. En la batalla de Waterloo fue derrotado por el ejército inglés al mando del duque de Wellington (18 de junio de 1815). Napoleón abdicó y fue confinado en la lejana isla de Santa Elena, donde pasó sus últimos años.

2. El ciclo de las revoluciones burguesas

La caída de Napoleón llevó a la definición de un nuevo orden europeo, tarea que quedó a cargo de los vencedores: Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia. Dos -Austria y Rusia- constituían monarquías absolutas; Inglaterra, por el contrario, como vimos, era una monarquía limitada por un Parlamento. Prusia era la nación menos significativa; sin embargo, al reconocérsele el papel de "gendarme" sobre las fronteras francesas, creció su papel internacional y su influencia sobre los otros estados alemanes. En síntesis, el nuevo orden constituyó un compromiso entre liberales y partidarios del antiguo régimen, compromiso que no significó equilibrio ya que, como lo demostraron las reuniones del Congreso de Viena (1815), el peso predominante se volcó hacia las viejas tradiciones.

El primer problema que tuvieron que afrontar fue el de rehacer el mapa de Europa: el objetivo era consolidar y acrecentar territorialmente a los vencedores y crear "estados-tapones" que impidieran la expansión francesa. Polonia fue distribuida entre Rusia y Prusia -que también obtuvo Sajonia-, sin escuchar los clamores polacos a favor de su autonomía. Inglaterra obtuvo nuevas posesiones coloniales y Austria ganó algunas regiones italianas, aunque vio disminuir su influencia dentro de los estados alemanes frente al nuevo peso que ganaba Prusia. Holanda y Bélgica se unieron en un solo reino, lo mismo que Noruega y Suecia. En Italia, fuera de las regiones bajo control austríaco, subsistía una serie de estados menores. España y Portugal mantuvieron sus límites, mientras Francia volvía a los que tenía antes de la Revolución. Pero este mapa europeo dejó planteados problemas, como la cuestión de la "formación de las naciones", que frecuentemente reaparecerán a lo largo del siglo.

^ La obra del Congreso de Viena fue completada por la iniciativa del zar de Rusia, Alejandro I: la Santa Alianza. Orlado por el misticismo de su autor, el proyecto proponía la alianza de los monarcas absolutistas en defensa de sus principios religiosos y políticos contra los ataques de una ola

liberal que -con razón- se pensaba que no estaba totalmente aniquilada. El misticismo de Alejandro I no cuadraba con un espíritu realista y práctico como el de Metternich, canciller de Austria, pero éste aceptó la propuesta: desde su perspectiva, se trataba de contar con un instrumento que permitiera intervenir en la política europea (1815). Pese a que estuvo listo el instrumento con el que se intentaría imponer el antiguo orden, la tarea no fue sencilla, ya que la sociedad se encontraba profundamente transformada.

Las revoluciones de 1830

Las bases de las revoluciones: liberalismo, romanticismo, nacionalismo

La cerrada concepción política que se intentaba imponer, las intenciones de retornar al absolutismo, desató en la sociedad intensas resistencias. Las ideas difundidas por la Revolución -la libertad, la igualdad- habían alcanzado suficiente consenso y el grado de madurez necesaria para agudizar el clima de tensión social y política. De este modo, ante la "restauración", se polarizaron los liberales que aspiraban imponer los principios revolucionarios. El panorama se complejizaba además por los movimientos nacionalistas que surgían en aquellos países que se sentían deshechos u oprimidos por los repartos territoriales del Congreso de Viena.

En algunos lugares, como en Italia y en Alemania, el liberalismo confluyó con el nacionalismo ya que, para poder constituir las unidades nacionales, era necesario expulsar a monarquías extranjeras o liberarse de los poderes autocráticos que dominaban. Para luchar por estos principios, surgieron sociedades secretas que adoptaron distintas formas de organización y distintos nombres. Entre ellas, las más conocidas fueron las logias masónicas y sociedades como la de los **carbonarios**, llamadas así en Italia porque sus miembros se reunían en los bosques para escapar del control de las autoridades austríacas. En Francia se organizó la **charbonnerie**, según el modelo italiano, integrada sobre todo por jóvenes universitarios y militares de filiación bonapartista. Los objetivos que perseguían estas sociedades eran variados pero coincidían en líneas generales. En Italia y Alemania, aspiraban a la unificación de la nación bajo una monarquía constitucional o -como aspiraban los grupos más radicalizados- bajo un gobierno republicano. En Francia y en España, buscaban establecer un gobierno que respetara los principios liberales. Pero en todas partes su característica fue la organización secreta, una rígida disciplina y el propósito de llegar a la violencia, si era necesario, para lograr sus objetivos.

Ya en torno a 1820 se dieron los primeros síntomas de que era imposible retornar al pasado según el proyecto de la restauración absolutista. Una revolución liberal en España -que por un breve tiempo impuso una Constitución a Fernando VII- y el levantamiento de Grecia que se independizó del Imperio turco constituyeron los primeros signos. Los movimientos y también las ideas que los sustentaban -el liberalismo, el romanticismo, el nacionalismo- alcanzaban su madurez.

El **liberalismo** —un término amplio e impreciso— era una filosofía política orientada a salvaguardar las libertades, tanto las políticas y económicas generales como las que debían gozar los individuos. Como política económica, el liberalismo logró su mayor madurez en Gran Bretaña. Los principios del **laissez-faire** formulados por los fisiócratas franceses, y también por Adam Smith en **La riqueza de las naciones**, llegaron a su mayor desarrollo con la obra de economistas como David Ricardo. Sostenían que las leyes del mercado actuaban como las leyes de la naturaleza, que "una mano invisible" hacía coincidir los objetivos individuales y los objetivos sociales. De allí la negativa a toda intervención estatal que regulara la economía: esta intervención sólo podía quebrar un equilibrio natural. El Estado debía limitarse a proteger los derechos de los individuos. Era además el sistema ideológico que más se ajustaba a las actividades y objetivos de las nuevas burguesía.

El liberalismo también se constituyó en un programa político: libertad e igualdad civil protegidas por una Constitución escrita, monarquía limitada, sistema parlamentario, elecciones y partidos políticos eran las bases de los sistemas que apoyaban la burguesía liberal. Pero también el temor a los conflictos sociales llevó a una concepción restringida de la soberanía que negaba el sufragio universal: el voto debía ser derecho de los grupos responsables que ejercían una ciudadanía "activa", de quienes tenían un determinado nivel de riqueza o de cultura, es decir, la burguesía del dinero y del talento. Desde nuestra perspectiva contemporánea, este liberalismo que implicaba una democracia restringida, resulta limitado e incluso notablemente conservador; sin embargo, en su época, en la medida que fue la base de la destrucción del antiguo régimen, constituyó indudablemente una fuerza revolucionaria.

Pero el liberalismo también se combinó con otras tradiciones intelectuales. En efecto, el pensamiento que se había acuñado en el siglo XVIII, el racionalismo y el materialismo propios de la Ilustración, también había despertado reacciones. De este modo, el rechazo al racionalismo analítico y a exaltación de la "intuición," y de las viejas tradiciones medievales se transformaron en las principales características del romanticismo. Las primeras manifestaciones de esta nueva corriente fueron literarias, y se advier-

ten especialmente en Inglaterra, pero poco después se propagarán por toda Europa adquiriendo formas diversas.

En Francia, el romanticismo constituyó, originariamente, un movimiento tradicionalista en reacción contra la Revolución Francesa. Es el caso de Chateaubriand, católico y monárquico, dedicado a exaltar el medioevo -hasta entonces despreciado— en sus principales obras, buscando exaltar el espíritu nacional. Pero también fue romántico Víctor Hugo, republicano, liberal y revolucionario.

El romanticismo, tantas veces mal definido, no es, después de todo, otra cosa que el liberalismo en literatura [...] La libertad en el arte, la libertad en la sociedad, he ahí el doble fin al cual deben tender, con un mismo paso, todos los espíritus consecuentes y lógicos; he ahí la doble enseña que reúne, salvo muy pocas inteligencias, a toda esa juventud, tan fuerte y paciente, de hoy; y junto a la juventud, y a su cabeza, lo mejor de la generación que nos ha precedido [...] (Victor Hugo, prefacio a la primera edición de *Hernani*, 1830).

La exaltación del espíritu nacional, y la búsqueda de sus orígenes, permitió que el romanticismo prendiera fuertemente en aquellos países que se consideraban desmembrados u oprimidos por la dominación extranjera. En esta línea, el polaco exiliado en Francia, Federico Chopin; o Luis Beethoven, constituyeron grandes exponentes del romanticismo musical.

Pese a las diferencias, ¿qué tenían en común los diversos exponentes del romanticismo? El reemplazo de los mesurados modelos clásicos por un estilo apasionado y desbordante; la decisión de romper con los viejos moldes. De allí que, más que un conjunto coherente de ideas, el romanticismo constituyó una actitud. Era romántico sufrir, rezar, combatir, viajar a tierras lejanas y exóticas, comunicarse con la naturaleza, buscar el sentido de la historia. Era romántico leer sobre el medioevo y la antigüedad clásica. Era romántico amar apasionadamente, más allá de los patrones morales y convencionales. En síntesis, era el desafiante rechazo a todo lo que limitase el libre albedrío de los individuos.

En este contexto, la época fue favorable para los inicios del nacionalismo. Era aún un término confuso, que aludía más a un sentimiento que a una doctrina sistemáticamente elaborada. Pero lo cierto es que en muchos países europeos -y con mayor fuerza en los que se consideraban oprimidos- comenzaba a agitarse la idea de la nación. Comenzaba a conformarse la conciencia de pertenecer a una comunidad ligada por la herencia común de la lengua y la cultura, unida por vínculos de sangre y con una especial relación con un territorio considerado como "el suelo de la patria". En sín-

tesis, cultura, raza o grupo étnico y espacio territorial confluían en la idea de la nación. Pero también el nacionalismo alcanzó repercusiones políticas. Se consideraba que el Estado debía coincidir con fronteras étnicas y lingüísticas, y fundamentalmente, se afirmaba el principio de la autodeterminación: el gobierno que dirigía a cada grupo "nacional" debía estar libre de cualquier instancia exterior.

Uno de los centros del nacionalismo europeo fue París, en donde se encontraba exiliado José Mazzini, que había constituido el grupo revolucionario la Joven Italia, destinado a luchar por la unificación de los distintos estados de la península y por su organización en un régimen republicano y democrático. Pero fue, sobre todo, en las universidades alemanas donde se dieron las formulaciones teóricas más completas que permitieron generar en el ánimo de sus compatriotas la idea de una "patria" unitaria. Dicho de otro modo, el nacionalismo -como el liberalismo y el romanticismo- fue un movimiento que se identificó con las clases letradas.

Esto no significa que no hubiese vagos sentimientos nacionales entre los sectores populares urbanos y entre los campesinos. Sin embargo, para estas clases, sobre todo para las masas campesinas, la prueba de la identificación no la constituía la nacionalidad sino la religión. Los italianos y españoles eran "católicos", los alemanes "protestantes" o los rusos "ortodoxos". En Italia, el sentimiento nacional parecía ser ajeno al localismo de la gran masa popular que ni siquiera hablaba un idioma común. Además, el hecho de que el nacionalismo estuviese encarnado en las burguesías acomodadas y cultas era suficiente para hacerlo sospechoso ante los más pobres. Cuando los revolucionarios polacos, como los carbonarios italianos trataron insistentemente de atraer a sus filas a los campesinos, con la promesa de una reforma agraria, su fracaso fue casi total. Y este es un dato de las dificultades que implicará la "construcción de las naciones" en el marco de las revoluciones burguesas.

Los movimientos revolucionarios de 1830

En Francia, tras la caída de Napoleón, los viejos sectores sociales y políticos, los **ultras**, habían desencadenado una violenta reacción antiliberal intentando restaurar los principios del absolutismo. Pero eran muchas las dificultades para retornar al antiguo orden: la sociedad se había transformado y los principios de la revolución se habían extendido. De allí, la intensa resistencia.

* Véase Hobsbawm, Eric J. (1997), pp. 116-137.

Luis XVIII había intentado, con oscilaciones, una política conciliatoria. Incluso había concedido una Carta Constitucional en la que se admitían con limitaciones algunos derechos consagrados por la Revolución de 1789. Pero la situación cambió después de la muerte de Luis XVIII (1824). Su sucesor Carlos X, más compenetrado de los principios del absolutismo, desencadenó una persecución contra todo lo que llevara el sello del liberalismo que provocó el desarrollo de una oposición fuertemente organizada. Se preparaban así los ánimos para una acción violenta que no tardó en llegar.

Cuando Carlos X promulgó, sin intervención del parlamento, en julio de 1830, un conjunto de medidas restrictivas sobre la prensa y el sistema electoral, un levantamiento popular estalló en París. La represión fue impotente y el combate, durante tres días —27, 28, y 29 de julio— se instaló en las calles. Tras la abdicación del rey, ante el temor de que la participación popular desembocara en el retorno de la república jacobina, los liberales más moderados se apresuraron a otorgar al duque Luis Felipe de Orleans —notoriamente liberal— la corona de Francia.

Luis Felipe, el "rey burgués" —tanto por sus ideas como por su estilo de vida—, juró la Constitución (9 de agosto de 1830). El nuevo monarca recibía su titularidad no por un designio divino ni en una herencia histórica depositada en su familia, sino de la voluntad de los representantes del pueblo en ejercicio pleno de la soberanía nacional. De este modo, según los principios del liberalismo, se volvía a instalar una monarquía limitada sobre la base del sufragio restringido. Pero esto también significaba la derrota definitiva de las aristocracias absolutistas.

La agitación revolucionaria de 1830 no se limitó a Francia, sino que fue el estímulo para desencadenar otros movimientos que se extendieron por gran parte de Europa, incluso a Inglaterra, donde se intensificó la agitación por la reforma electoral que, como vimos, culminó en 1832. Pero los movimientos fueron particularmente intensos en otros países, donde los principios del liberalismo coincidían con las aspiraciones nacionalistas.

La remodelación del mapa de Europa que había hecho el Congreso de Viena había unificado a Bélgica y Holanda. Pero todo separaba a los dos países, la lengua, la religión e incluso, la economía. En efecto, la burguesía belga había comenzado su industrialización y reclamaba políticas proteccionistas, mientras que los holandeses, con hábitos seculares de comerciantes, se inclinaban por el libre cambismo. Estas cuestiones, combinadas con el incipiente nacionalismo, fueron las que impulsaron la revolución en Bélgica. La libertad de prensa y la libertad de enseñanza que reclamaban los católicos —para impedir que el gobierno holandés propagara el protestantismo por medio de los programas escolares— fueron las banderas de lucha.

De este modo, los belgas proclamaron su independencia y un Congreso constituyente convocado en Bruselas eligió a Leopoldo de Sajonia-Coburgo, su primer monarca. Era la segunda vez que, en la oleada revolucionaria de 1830, un rey recibía sus poderes de un parlamento que representaba a la nación.

También en septiembre de 1830 estallaron motines en las ciudades del centro de Alemania, en noviembre la ola revolucionaria alcanzó a Polonia, y a comienzos de 1831 se extendió a los estados italianos. Pero estos movimientos fueron sofocados. Los príncipes alemanes reprimieron a los liberales y controlaron fácilmente los focos de insurrección. Los revolucionarios polacos e italianos fueron impotentes frente a los estados absolutistas —Rusia y Austria, respectivamente— a los que estaban sometidos. Las diferencias dentro de las fuerzas movilizadas, entre la burguesía y las masas populares por un lado, entre quienes aspiraban a reformas más radicales y entre los liberales que aspiraban únicamente a modernizar el sistema político, por otro, fueron factores que debilitaron a los revolucionarios. Sin embargo, quedaba el impulso para un nuevo asalto.

Las revoluciones de 1848: "la primavera de los pueblos"

De las revoluciones de 1830 sólo había quedado un testigo, Bélgica, independiente y con una Constitución liberal. En Francia, el viraje conservador de la monarquía de Luis Felipe de Orleans suponía para muchos la traición a la revolución que lo había llevado al trono. En Italia, los austríacos mantenían su férrea presencia; en Alemania, se posponían los ideales de unidad nacional mientras en muchos estados los príncipes gobernaban con un régimen prácticamente absolutista; en Polonia, los rusos habían suprimido todas las libertades. Pero en 1848 se intentó el nuevo asalto: las similitudes con las revoluciones de la década de 1830 fueron muchas, pero también se registraban significativas diferencias.

Las nuevas bases revolucionarias: democracia y socialismo

Los movimientos de 1848 fueron básicamente movimientos **democráticos**. En efecto, frente a ese liberalismo político que se definía por oposición al Antiguo Régimen, las revoluciones del 48 buscaron profundizar sus contenidos. Se comenzó a reivindicar el derecho de voto para todos los ciudadanos: no había democracia sin sufragio universal. En el mismo sentido, se prefería hablar de soberanía popular en lugar de soberanía nacional. Según

se observaba, el término "nación" parecía referirse a una entidad colectiva abstracta; en la práctica esa soberanía era ejercida nada más que por una minoría. El término "pueblo," en cambio, subrayaba la totalidad de los individuos; el "pueblo" al que invocaban los revolucionarios del 48 era el conjunto de los ciudadanos y no una abstracción jurídica. Y si el liberalismo se había inclinado por las monarquías constitucionales como forma de gobierno, esta democracia consideraba a la república como la forma política más idónea para el ejercicio del sufragio universal, la soberanía popular y la garantía a las libertades. Pero había más. Se comenzaba a acusar al liberalismo de predicar una igualdad estrictamente jurídica, de igualdad ante la ley, pero de permanecer insensible ante los contrastes sociales de riqueza/pobreza, cultura/analfabetismo. Era necesario también luchar por la reducción de las desigualdades en el orden social.¹⁰

Incluso, ya había comenzado a pronunciarse la palabra **socialismo**. En Francia, por ejemplo, Charles Fourier fue uno de los principales exponentes de lo que se llamó el "socialismo utópico". En su obra **El nuevo mundo industrial** (1820) había denunciado la propiedad privada, la competencia y la libertad de comercio como las bases de la desigualdad social. Pero Fourier no sólo criticaba, sino que también proponía un proyecto para construir una sociedad racional y armónica —el nuevo mundo industrial— basado en el principio de cooperación. También Etienne Cabet rescataba las ideas comunitarias presentes en las viejas utopías para formular en su novela **Viaje por Icaria** (1841) un proyecto de sociedad comunista. Pero fue tal vez Louis Blanc quien mayor influencia ejerció en la formación del socialismo francés: en su obra **Organización del Trabajo** (1840) proponía, como medio para transformar la sociedad y suprimir el monopolio burgués sobre los medios de producción, la creación de "talleres sociales", cooperativas de producción montadas con créditos estatales. En síntesis, delegaba en el Estado la tarea de la "emancipación del proletariado".

Pero no se trataba sólo de pensadores teóricos. Desde 1830, habían surgido organizaciones de trabajadores —embriones de los futuros sindicatos— y periódicos como el **Journal des Ouvriers y Le Peuple** se transformaban en los canales de difusión de las nuevas ideas. De este modo, Auguste Blanqui —que a diferencia de los otros socialistas propiciaba la insurrección armada como único método válido para la toma del poder político— inspiró un movimiento organizativo. Mientras las agrupaciones carbonarias republicanas reclutaban a la burguesía letrada (profesionales, estudiantes universitarios), las organizaciones blanquistas como las Sociedades de las

¹⁰ Véase Agulhon, Maurice (1973), cap. 1.

Familias, reclutaban adeptos entre los sectores populares y el incipiente proletariado francés. En este sentido, las nuevas ideas reflejaban las transformaciones de la sociedad. En Francia, como veremos en el siguiente capítulo, estaba iniciándose el proceso de industrialización. Es cierto que aún primaban las antiguas formas de trabajo en los talleres tradicionales, pero la mecanización de las industrias del algodón y la lana y, posteriormente, la construcción de los ferrocarriles habían comenzado a conformar el núcleo inicial de la clase obrera.

Si bien su doctrina, considerada la base del pensamiento anarquista, fue sistematizada en la segunda mitad del siglo XIX, la obra de P. J. Proudhon **¿Qué es la propiedad?** (1840) causó un fuerte impacto en los medios socialistas. Fuertemente antiautoritario, Proudhon consideraba que la propiedad privada implicaba la negación de la libertad y de la igualdad, categorías que constituyeron el núcleo de su pensamiento. Para él, la única forma de asociación válida era la que derivaba del espíritu solidario, es decir, el mutualismo. Organizaciones de autogestión económica y autoadministración política debían multiplicarse por todo el territorio con independencia de todo estatismo. De allí surgiría un estado de no gobierno, la anarquía, al cual atribuía una carga de orden capaz de contraponerse al desorden dominante en la economía burguesa.

Los movimientos revolucionarios de 1848

La administración de Luis Felipe, apoyándose en grupos de la burguesía financiera, controlaba un gobierno en el que la participación electoral estaba restringida a quienes tenían derecho de voto, el **pais legal**. Pero el descontento crecía alimentado por las sospechas de que la administración estaba corrompida y el Estado se dedicaba a beneficiar a especuladores y financistas. La situación se agravaba por la crisis económica que afectaba a Europa. En efecto, desde 1846, una drástica reducción en la cosecha de cereales había desatado oleadas de agitación rural. Pero también el alza de los precios de los alimentos y la reducción del poder adquisitivo habían generado, en las ciudades, la crisis del comercio y de las manufacturas, con las secuelas de la desocupación. Es cierto que las revoluciones estallaron, en 1848, cuando la situación económica había comenzado a estabilizarse, pero la crisis, al erosionar la autoridad y el crédito del Estado, intensificó y sincronizó los descontentos, preparando el terreno para la propaganda subversiva. En síntesis, las consecuencias de crisis se combinaban con el descontento político.

En ese contexto, la oposición al gobierno de Luis Felipe comenzó a realizar una "campaña de banquetes" donde se reunían los representantes

de los distintos sectores políticos para tratar temas de la política reformista, fundamentalmente, la cuestión de la ampliación del derecho de sufragio. El 22 de febrero de 1848, la prohibición del ministro Guizot de uno de esos banquetes, que debía celebrarse en un restaurant de los Campos Elíseos, fue la señal para el estallido: durante dos días la muchedumbre se adueñó de las calles, levantó barricadas en los barrios de París y, en la noche del 24, asaltó las Tullerías. Ante el curso que habían tomado los acontecimientos, Luis Felipe abdicó. La presión popular impidió que se tomara una solución tibia: se proclamó la República y se estableció un Gobierno provisional donde se vislumbraba el compromiso entre todos los sectores que habían participado en el levantamiento. En efecto, el Gobierno, presidido por el poeta Alphonse Lamartine estaba compuesto por republicanos liberales, demócratas, socialistas e incluso por un representante de los obreros de París. Se elaboró un programa que establecía el sufragio universal, la abolición de la esclavitud en las colonias, la libertad de prensa y de reunión, la supresión de la pena de muerte. Pero también se introdujeron los reclamos socialistas: derecho al trabajo, libertad de huelga, limitación de la jornada laboral. Para atender las demandas sociales se estableció una comisión que funcionaba en Luxemburgo, presidida por Louis Blanc, y para paliar el problema del desempleo se crearon los Talleres Nacionales.

Pero pronto comenzaron las dificultades. Quienes aspiraban a la república "social" pronto fueron confrontados por quienes aspiraban a la república "liberal". Las elecciones de abril fueron la prueba decisiva: 500 escaños para los republicanos liberales, 300 para los monárquicos y 80 para los socialistas establecieron el límite. Las elecciones demostraban el débil peso que aún tenía la república, que los sentimientos monárquicos aún tenían raíces vivas. Pero sobre todo demostraban el temor de los franceses a la república "social". El gobierno de Lamartine evolucionó entonces hacia políticas más conservadoras. Se elaboró un proyecto de construcción de ferrocarriles para atemperar la desocupación y, fundamentalmente, para alejar de París a los obreros ferroviarios; y, en segundo lugar, se comenzó a preparar la disolución de los Talleres Nacionales, centros de propaganda socialista.

Las medidas tomadas por el gobierno de Lamartine dieron lugar a manifestaciones de descontento que pronto se transformaron en un estallido social (junio de 1848), que fue violentamente reprimido por Cavaignac, ministro de Guerra. Se terminaba así toda expectativa sobre la "república social". El tono autoritario que fue adquiriendo el gobierno se expresó también en la nueva Constitución (noviembre de 1848) que confería fuertes poderes al Presidente de la República y había borrado de su preámbulo toda declaración sobre el derecho al trabajo. A fines de año, asumía la presi-

dencia Luis Napoleón Bonaparte, apoyado por el Partido del Orden cuyo programa defendía la propiedad, la religión, el reestablecimiento de la guillotina y negaba el derecho de asociación. En síntesis, el temor a la "república social" había llevado a la burguesía francesa a abrazar la reacción.

Los acontecimientos franceses fueron inseparables de la ola revolucionaria que agitó a Europa en 1848. Italia, los territorios alemanes, Prusia, el imperio austríaco se vieron agitados por movimientos que mostraban características comunes: a las reivindicaciones políticas, se agregaba la insurrección social. En Italia se sumaba el componente nacionalista, la expulsión de los austríacos, como paso para la unificación. Pero las insurrecciones populares, que siguiendo los postulados de Mazzini, se produjeron en Florencia, Venecia, Roma -de donde debió huir el Papa- y otras ciudades italianas pronto fueron sofocadas por la flota austríaca y el ejército francés que envió Luis Napoleón Bonaparte. Después de los fracasos del 48, únicamente el reino de Piamonte-Cerdeña, bajo el reinado de Víctor Manuel III, contaba con una Constitución liberal. De allí saldrán las bases para la posterior unificación (1870).

La agitación revolucionaria también se propagó a Austria y a los estados alemanes. Mientras el pueblo de Viena se levantaba en armas y obligaba a huir al canciller Metternich, en otras regiones del Imperio -Bohemia, Hungría y los estados italianos del norte- estallaban las insurrecciones. En Prusia, la sublevación de Berlín exigió al rey una constitución, mientras los demás estados alemanes se movilizaban y los partidarios de régimen constitucional reunían en Francfort un congreso con el objetivo de unificar Alemania. Pero los soberanos absolutistas se apoyaron mutuamente para frustrar a los revolucionarios, de este modo, los levantamientos fueron sofocados por las fuerzas de las armas.

Las revoluciones del 48 rompieron como grandes olas, y dejaron tras de sí poco más que el mito y la promesa. Si habían anunciado la "primavera de los pueblos", fueron -en efecto- tan breves como una primavera. Sin embargo, de allí se recogieron enseñanzas. Los trabajadores aprendieron que no obtendrían ventajas de una revolución protagonizada por la burguesía y que debían imponerse con su fuerza propia. Los sectores más conservadores de la burguesía aprendieron que no podían más confiar en la fuerza de las barricadas. En lo sucesivo, las fuerzas del conservadurismo deberían defenderse de otra manera y tuvieron que aprender las consignas de la "política del pueblo". La elección de Luis Napoleón -el primer jefe de Estado moderno que gobernó por medio de la demagogia- enseñó que la democracia del sufragio universal era compatible con el orden social. Pero las revoluciones del 48 significaron fundamentalmente -al menos en Europa

occidental- el fin de la política tradicional y demostraron que el liberalismo, la democracia política, el nacionalismo, las clases medias e incluso las clases trabajadoras iban a ser protagonistas permanentes del panorama político.

Cronología"

- 1760 Jorge III es coronado rey de Inglaterra.
- 1762 Catalina la Grande llega al trono de Rusia con el proyecto de occidentalizar las costumbres y el pensamiento.
- 1763 Tras la Guerra de los Siete Años, se firma la Paz de París: Gran Bretaña obtiene Canadá y Luisiana de Francia, y Florida de España.
- 1767 Expulsión de los jesuitas de España.
- 1774 Luis XVI, rey de Francia. Designa al fisiócrata Turgot como ministro de finanzas para la aplicación de un programa de reformas que fracasa por la oposición nobiliaria.
- 1775 Comienza la guerra de la independencia en los Estados Unidos. En Inglaterra, empieza la utilización industrial del vapor.
- 1776 Declaración de la independencia de los Estados Unidos.
- 1777 Benjamín Franklin es el primer embajador de los Estados Unidos en París.
- 1778 Francia se alia con Estados Unidos en la guerra contra Inglaterra; el ministro de Finanzas intenta cubrir las deudas de guerra con la creación de nuevos impuestos.
- 1783 Se firma la Paz de París por la que Inglaterra reconoce la independencia de los Estados Unidos.
- 1785 Primera fábrica de hilados a vapor en Nottingham.
- 1788 En Francia, la Asamblea de Notables intima al rey para la convocatoria de los Estados Generales. Sieyès publica el panfleto *¿Qué es el Tercer Estado?* que demandaba la participación de los representantes de la nación en el gobierno.
Carlos IV, sucede a su padre, Carlos III, como rey de España.
- 1789 En Francia, se reúnen los Estados Generales; un levantamiento popular toma de la Bastilla; se da a conocer la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano.
En Estados Unidos, George Washington es el primer presidente.
- 1790 En Francia, se promulga la Constitución Civil del Clero que será condenada por el Papa.
- 1791 En Francia se promulga la Constitución; comienza a sesionar la Asamblea legislativa; el rey Luis XVI fracasa en su intento de huida.
- 1792 Francia declara la guerra a Austria; Rouget de Lisle compone la música y

- el texto de *La Marsellesa*, himno de la revolución; se reúne la Convención que proclama la República.
- 1792 Primera coalición (Prusia, Austria y Piamonte) contra Francia. Victoria francesa en Valmy. Francia anexa Bélgica después de la victoria de Jemmes. Convención Nacional francesa: proclamación de la República.
- 1793 En Francia se proclama la nueva Constitución. El rey Luis XVI es guillotinado. Robespierre domina el Comité de Salvación Pública. Se declara la guerra entre Francia e Inglaterra.
- 1794 En Francia, estalla el golpe de thermidor; se organiza el Directorio. Victoria francesa en Fleurus.
- 1795 Francia firma tratados de paz con Prusia, Holanda y España.
- 1796 Napoleón Bonaparte es comandante en jefe del ejército francés; victorias en Italia.
- 1798 Expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto. Segunda coalición (Rusia e Inglaterra) contra Francia.
- 1799 Francia le declara la guerra a Austria. Tras el golpe del 18 brumario, Napoleón es designado Cónsul.
- 1801 Se firma la paz entre Francia y Rusia.
- 1802 Francia firma la Paz de Amiens con Inglaterra; Napoleón es Cónsul Vitalicio.
- 1803 Se rompe la paz de Amiens.
- 1804 Se promulga el Código napoleónico. Napoleón es coronado Emperador; se rompen las relaciones entre Francia y Rusia.
- 1805 Tercera coalición (Inglaterra, Austria y Prusia) contra Francia. Capitulación austríaca en Ulms. En Trafalgar, el almirante Nelson derrota a la flota franco-española. Victoria francesa en Austerlitz.
- 1806 Cuarta coalición (Inglaterra, Prusia y Rusia) contra Francia. Victorias francesas en Jena y Austerlitz. Francia establece el bloqueo continental. Primeras invasiones inglesas en el Río de la Plata.
- 1807 Las tropas de Napoleón ocupan Portugal.
- 1808 Napoleón anexa Roma después de la ruptura de relaciones con el Papa. En España, tras la ocupación francesa, es coronado monarca José Bonaparte, hermano de Napoleón.
- 1809 Quinta coalición (Inglaterra, España y Austria) contra Francia. Victoria francesa en Wagram. Napoleón contrae matrimonio con la princesa austríaca, María Luisa, hija de Francisco I.
- 1810 Sublevación general de las colonias españolas en América. En Rusia, el zar Alejandro I rompe el bloqueo continental.
- 1811 Desórdenes ludistas en Gran Bretaña.
- 1812 Napoleón invade Rusia donde sufre importantes derrotas. Sexta coalición (Prusia, Rusia, Austria y Suecia) contra Francia. Simón Bolívar inicia su campaña libertadora en Venezuela.
- 1813 Concordato de Fontainebleau. Holanda proclama la independencia. Napoleón devuelve la corona de España a Fernando VII.

" Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1978), pp. 11-61.

- 1814 Tras la campaña de Francia, los aliados entran en París. Napoleón abdica y es llevado a la isla de Elba. En Francia se restaura la monarquía borbónica con Luis XVIII.
Stephenson inventa la locomotora.
- 1815 Tras los "Cien días", Napoleón es derrotado en la batalla de Waterloo y desterrado en la isla Santa Elena. El Congreso de Viena rehace el mapa de Europa. Se forma la Santa Alianza.
Se organiza la Confederación germánica integrada por 35 príncipes, entre ellos los reyes de Inglaterra (casa Hannover), Dinamarca (Holstein), Países Bajos (Luxemburgo).
- 1816 Las Provincias Unidas del Río de la Plata declaran la independencia.
- 1817 El Papa condena las independencias americanas.
- 1819 En Alemania se crea la Unión Aduanera (Zollverein).
En Inglaterra comienza la movilización por la reforma electoral.
- 1820 Levanamientos liberales en España y Portugal.
En Inglaterra Jorge IV llega al trono; queda firmemente establecido el sistema institucional, en el que alternan los partidos *tory* (conservador) y *whigs* (liberal), con el predominio de la Cámara de los Comunes mediante el estrecho control del gabinete de ministros.
- 1821 Comienza la guerra de independencia de Grecia contra los turcos. Independencia de Perú y de México.
- 1822 Independencia de Brasil.
- 1823 Reestablecimiento del absolutismo en España. Las Provincias Unidas de Centro América (Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica) declaran la independencia.
- 1824 Carlos X llega al trono de Francia intensificando las políticas absolutistas. Las victorias de Bolívar en Junín y de Sucre en Ayacucho consolidan las independencias americanas.
- 1825 Segunda condena papal a las independencias americanas.
- 1830 Revoluciones liberales en Europa. Luis Felipe de Orleans es proclamado rey jurando obediencia a la Constitución. Bélgica se independiza de Holanda. Insurrecciones en los estados italianos y Polonia.
Guillermo IV llega al trono de Inglaterra.
- 1831 José Mazzini funda la "Joven Italia".
- 1832 En Inglaterra se aprueba el proyecto de reforma electoral del primer ministro Gray que aumenta el número de ciudadanos con derecho al voto.
- 1833 Tras la muerte de Fernando VII hereda el trono de España su hija Isabel anulando la tradición por la cual no podían heredar el trono las mujeres. Por la oposición del infante don Carlos, hermano del rey, comienzan las guerras carlistas.
- 1834 En Inglaterra se promulgan las "leyes de pobres".
Se promulga el manifiesto de la Joven Europa.
- 1837 En Gran Bretaña, muere sin dejar herederos Guillermo IV, le sucede en el trono su sobrina, Victoria, quien inicia un largo reinado (hasta 1901).

- 1838 Comienza la agitación cartista en Gran Bretaña.
- 1840 La "guerra del opio" en China. Los ingleses llegan a Nueva Zelandia.
- 1842 Los ingleses ocupan Hong-Kong.
- 1843 Los ingleses en Natal. Los boers, colonos de origen holandés, crean en África la República Libre de Orange.
- 1844 Inglaterra comienza la guerra de conquista de la India.
- 1845 Federico Engels publica *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.
- 1847 Crisis económica en Europa. En California se descubre oro. Conferencia internacional obrera en Londres. Marx y Engels escriben el *Manifiesto Comunista*.
- 1848 Revoluciones en Europa. En Francia se establece la república y el sufragio universal. Insurrecciones en Italia, Alemania y Austria.
Estados Unidos anexa los territorios mexicanos de Texas, Nuevo México y Alta California.

Referencias bibliográficas

- Agulhon, Maurice (1973), *1848 ou l'apprentissage de la République*, París, Seuil, cap. 1.
- Berg, Maxine (1987), *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución Industrial británica*, Barcelona, Crítica, cap. 6 "La manufactura doméstica y el trabajo de las mujeres", pp. 145-172.
- Chartier, Roger (1995), *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, cap. 2 "Espacio público y opinión pública", pp. 33-50.
- Furet, Francois (1980), *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Petrel.
- Hobsbawm, Eric J. (1982), *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel, cap. 2 "El origen de la Revolución Industrial", cap. 3 "La Revolución Industrial, 1780-1840" y cap. 4 "Los resultados humanos de la Revolución Industrial", pp. 34-93.
- _____ (1992), *Los ecos de La Marsellesa*, Barcelona, Crítica, cap. 1 "Una revolución de la clase media", pp. 17-56.
- _____ (1997), *La era de la revolución*, Buenos Aires, Crítica, cap. 6 "Las revoluciones", pp. 116-137.
- Kinder, Hermann y Hilgemann, Werner (1978), *The Penguin Atlas of World History. Volume II: From the French Revolution to the Present*, Middlesex-Nueva York, Penguin Books, pp. 11-61.
- Mori, Giorgio (1983), *La Revolución Industrial. Economía y sociedad en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, cap. 2 "El desarrollo del modo de producción capitalista en Gran Bretaña", pp. 20-43.

Thompson, Edward P. (1977), *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra, 1780-1832*, t. I, **Barcelona, Laia, Prólogo.**

Vovelle, Michel (1984), *Introducción a la historia de la Revolución Francesa*, **Barcelona, Crítica, pp. 11-78.**

CAPÍTULO IV

EL APOGEO DEL MUNDO BURGUÉS (1848-1914)

1. El triunfo del capitalismo

La segunda mitad del siglo XIX corresponde indudablemente a la época del triunfo del capitalismo. El triunfo se manifestaba en una sociedad que, habiendo asumido los valores burgueses, consideraba que el desarrollo económico radicaba en las empresas privadas competitivas y en un ventajoso juego entre un mercado barato para las compras -incluyendo la mano de obra- y un mercado caro para las ventas. Se consideraba que una economía sobre tal fundamento, y descansando sobre una burguesía cuyos méritos y energías la habían elevado a su actual posición, iba a crear un mundo no sólo de riquezas correctamente distribuidas, sino también de razonamiento, ilustración y oportunidades crecientes para todos. Con el capitalismo triunfaban la burguesía y el liberalismo, en un clima de confianza y optimismo que consideraba que cualquier obstáculo para el progreso podía ser superado sin mayores inconvenientes.

Capitalismo e industrialización

En la segunda mitad del siglo XIX, el mundo se hizo capitalista y una significativa minoría de países se transformaron en economías industriales. Es cierto que, por lo menos hasta 1870, Inglaterra mantuvo su primacía en el proceso de industrialización y su indiscutible hegemonía dentro del área capitalista. La misma industrialización que comenzaba a generarse en el continente europeo amplió la demanda de carbón, de hierro y de maquinarias británicas. Incluso, la prosperidad permitía una mayor demanda de bienes de consumo procedentes de Inglaterra. De este modo, una rama tradicional como la textil experimentó un notable progreso basado en la mayor mecanización de la producción: entre 1857 y 1874 el número de telares mecánicos se había elevado en 55%. La minería y la siderurgia, por su parte, también mantenían un elevado nivel de crecimiento: hacia 1870